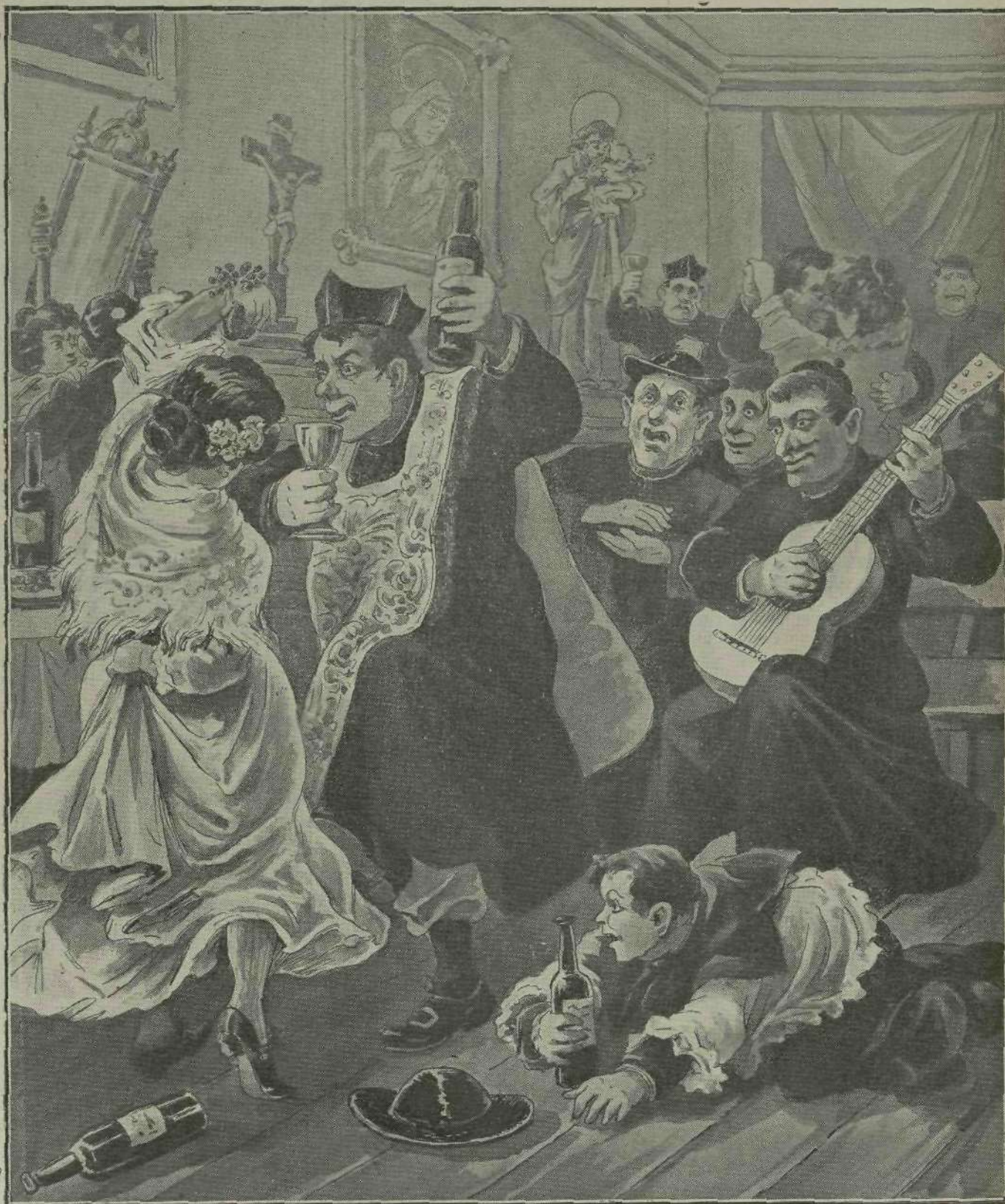


Año XXX.

Madrid, Jueves 13 de Octubre de 1910.

Núm. 40



Conmemorando el primer aniversario de los fusilamientos de Octubre

PRIMER ANIVERSARIO

"Falta recoger los cascos"

Sobre la hecatombe de Barcelona de Julio de 1909, el impertérrito Maura tuvo el buen humor de hacer una frase: *"Falta recoger los cascos"*.

Los cascos de la revuelta á que se refería el ilustre prócer eran los cadáveres de los soldados y paisanos destrozados por la metalla, las momias de las monjas exhumadas, las ruinas de conventos e iglesias, las imágenes, copones y ornamentos rotos y chamuscados...

La frase sonaba á terrible blasfemia; sonaba á sarca mo neroniano, vomitado por un desalmado sobre un campo de devastación y de dolor.

Y comenzó la *"recogida de los cascos"*.

Centenares de cadáveres anónimos eran tragados por la fosa; otros centenares de moribundos eran tragados por los hospitales, de donde habían de salir camino del cementerio; otros acudían á las salas quirúrgicas en busca de la mutación perpetua que grabase en sus carnes y en sus huesos una estrofa del canto épico del gobierno...

Y ya hecho el silencio sobre el revuelto principado, el vampiro clerical tendió sobre España sus negras alas y la sierpe eclesiástica hizo sentir su silbo estremecedor en toda la península.

En la hora de la refriega no hubo un león que rugiera ni un tigre que enseñara sus garras carnívoras; pasado el peligro, extinguido el incendio y entrada la tenebrosa y silenciosa noche del terror, salieron de su escondite los zorros y los hurones, los chacales y las lechuzas, cavando en la movediza tierra, agazapándose en las zarzas, huroneando en las sombras, pidiendo carne, sangre, muerte y venganza para aplacar las iras de un Dios implacable, vengativo y lleno de irritación furiosa.

El Terror sentóse en su trono soberano, frío, lento, cruel, espantable. Raras de temblor y de miedo cruzaban la península; jamás poder humano supo vencer tal máquina fabricadora de maldad. La prensa liberal amordazada para la queja; la clerical desatada á la invectiva y al rugido de furias; aislados de sus amigos los víctimas; alejados los testigos favorables; impedida á no poder mas la defensa; abietas las vávulas todas del odio á la acusación; convertidos en pruebas los indicios; en indicios las sospechas; en sospechas las calumnias; en testimonios fehacientes los chismes; señoreando el Pánico las almas todas de jueces, de testigos y de letrados; puesta á precio la prensa extranjera; perseguido como crimen todo relato verídico; huídos los senadores testigos de la maquinación política; dispersos los diputados; encarcelados los periodistas; corriendo al extranjero los culpables; llenando las cárceles los acusados; aterrada el alma española por este resurgir de la Inquisición salvaje;

asombrado el mundo á vista de tal pavor... ¡Oh, época del Terror católico!... ¡Oh, visión nefanda de una barbarie de pasados siglos!...

Yo vi titilar los caracteres más enérgicos y estremecerse las almas más viriles y caer rendidas las más altivas frentes... y aquellas miradas de horrible angustia parecían pedir á la tenebrosa noche si acaso era aquello el perdurable infierno... y ya el descorazonamiento dudaba de que tuviese fin...

Y como fiera que tiene encerradas sus víctimas y espera terminar la digestión de la una para clavar su garra en la otra, así con desesperante y heladora calma iban sonando en Montjuich las descargas de los fusilamientos, á la hora en que las campanas de la catedral recordaban la muerte de Cristo y en que la campanilla del monaguillo anunciaba la consagración de la hostia cristiana: *"cuando esto hicieris, hacedlo en recuerdo de mi cena."*

Y á cada hora de estos fatídicos maitines, la iglesia clerical entonaba como antifona: *¡Más sangre! ¡Más venganza! ¡Más terror!*

Hasta que la Humanidad, horrorizada, dijo: *¡basta!* Y levanto sus puños en fiera amenaza.

¡Maural! ¡Cierval! ¿Sabíais lo que hacíais? Eso decís y repetís ahora: que sabíais de antemano lo que iba á suceder. ¿Será posible que en vuestra fantasma diabólica previerais lo ya ocurrido?

Sabíais que el anarquismo universal juraría lavar con la sangre de vuestros soberanos las tumbas de los fusilados; sabíais que los estudantes de la Sorbona se declararían solidarios del asesino del monarca de quien érais ministros; sabíais que la bandera española sería arrastrada por el suelo de las capitales europeas; sabíais que en París se vertería la sangre protestando contra vuestra conducta; sabíais que los colegios de juristas os llamarían asesinos; sabíais que vuestra temeridad asombraría á las Cortes extranjeras y obligaría á los soberanos y al mismo Papa á aconsejaros indulgencia; sabíais que infamáis la monarquía; sabíais que en todo el mundo se levantarían monumentos á vuestras víctimas; sabíais que enfrente del Vaticano se abriría la *Escuela Moderna*; sabíais que al nombre de Ferrer, que vosotros hicisteis ilustre, sería escrito en el libro de la Humana Historia como el de uno de sus redentores; sabíais que caeríais del poder y que os llamarían asesinos en el Congreso... ¿sabíais todo eso y todo eso arrostrásteis impavidos?...

Imbéciles vosotros si no lo sabíais; y si lo sabíais ¿quién medirá vuestra maldad, vuestro orgullo y vuestro furor?...

¡...!

Lo sabíais todo; y los refáis y jugabais á frases y á carcajadas!

Y aún sabíais que en la Estación de Barcelona esperaba á Maura el difunto Clemente García encarnado en el cuerpo de su amigo Posa...

¿Y refáis también al oír el disparo del revólver, eco de aquellos otros disparos?

¡...!

¡Lo sabíais todo, oh sabios atenientes!

Pero lo que seguramente no sabíais era que en Portugal, el primer aniversario de aquellos funerales y entierros, sería celebrado con la huida de los reyes, con el destierro de sus ministros y con el estigma de baldón grabado sobre el trono desalquilado...

¿Sabíais decirme, oh, sabios, qué parte te éis vosotros en la caída de los monarcas portugueses, y la parte que habéis tenido en encender el furor popular de aquel pueblo contra la monarquía?

Porque es posible que no lo sepáis; pero allí, en Portugal, el pueblo portugués todo, incluso el emigrado en aquellas lejanas tierras del Brasil, desde hace un año está contando lo s á las víctimas de Montjuich y proyectando sobre el trono de su país las sombras de aquellos muertos que vosotros habéis inmortalizado.

Si esto hubieran sabido los ministros de aquellos monarcas, quizás no hubiesen estado pasivos ante vuestra crueldad.

Si el Papa hubiese sabido que se condenaba á cerrar sus balcones so pena de ver el nombre y estatua de Ferrer como estatua y sombra de una víctima ante el verdugo, quizás, quizás, no hubiese sido tan tardío y remiso en pedir el indulto de los condenados.

¡Oh, qué triste debe ser para vosotros, genios de la muerte y del terror, el ver y oír celebrar con alegre jolgorio en Portugal este primer aniversario, oponiendo las risas de un pueblo redimido á vuestras risillas de tiranos! ¡Oh, qué rabia debe devorar vuestras entrañas al leer que en Barcelona, teatro de vuestra fiera implacable, va á congregarse el mundo para celebrar vuestra caída!

Acordaos del Monje de Yuste, vosotros, almas de dominicos inquisidores y de jesuitas taimados...; acordaos. El oyó en vida su propio funeral. Así vosotros podréis escuchar en vida el funeral que os canta la Humanidad. Estáis muertos y enterrados; vuestra morada es un sepulcro; sois cadáveres ambulantes.

Porque, ¡ay, señores muertos!; así como vuestro ejemplo azuzó al pueblo portugués, haciéndole temer allí el Terror vuestro, así el ejemplo de Portugal repercute en España, desde arriba hasta abajo.

El triunfo de la República en Portugal es la cosa de vuestra tumba.

Vosotros no resucitáis. La Historia no os enteriará en el silencio, sueño de los anónimos, ni os dará la vida del aplauso, premio de los justos, erigiendo monumentos; la Historia colgará vuestros nombres de la horca, en den-

de cuelga los nombres de los Nerones, para que sus cuerpos fantásticos, balanceándose al golpe del viento, sirvan de escarmiento á las generaciones que seguirán este camino de la vida.

Ya estáis ahorcados en esa horca. Vuestro nombre inspira al mundo liberal tanto horror como el cuerpo del ahorcado. Y ya comienza á inspirar horror á los que fueron vuestros amigos... al propio Vaticano, ¡al propio jesuitismo! ¡al propio D. Manuel de Portugal! ¡Id á ofrecerle vuestros se vícios de ministros... id á ofrecérselos á otro monarca cualquiera...

Señores muertos: en nombre de vuestras víctimas, ahí os ofrezco esta bandera de cascós.

RICARDO MAYOL

El aniversario de Clemente García

Pasará, en esta primera quincena de Octubre, el aniversario de las dos últimas fechas de la represión. Dediquemos hoy algunas palabras á la primera. El nombre doloroso de Clemente García es, para el «remember» del pueblo, un ejemplo que habla al sentimiento, como el nombre de Ferrer es un ejemplo que habla al pensamiento. Las dos últimas víctimas son cual extremos de un diámetro. Clemente, mozo de corta edad, es el moribundo que cae en plena inconsciencia de la causa que le mata; Ferrer, hombre de doctrina, es el sacrificado que cae en plena consciencia del odio tenido á lo que representa.

Para la emotividad de nuestras mujeres, el carbonerito de la calle de Roig es un admirable estandarte. Para la racionalidad de nuestros varones, Ferrer, guión europeo, lo dice todo. Ferrer murió como un héroe; Clemente, más añado aún de espíritu que de cuerpo, murió como un niño; y si el coraje viril de Ferrer, exento de todo farandulismo escénico, hizo de su muerte un momento más de aquella vida de propaganda, momento eterno que continúa más allá del vivir la obra del proselitista incansable, la muerte infantil y la erimosa del niño Clemente es la memoria de un dolor infligido directamente á las entrañas maternas para hacerlas partícipes en el dolor de los días terribles. La valentía de Ferrer vale tanto como la debilidad y el espanto de Clemente, en orden al testimonio ante las posteridades. La muerte del uno deja el legado de un gesto de fuerza intrépida. La muerte del otro deja un gesto de dolor. Uno es el hombre; el otro es la criatura. Ved, pues, marcada en sus dos límites toda la generación viviente, como víctima de aquella fría vindicta gubernamental. Los hombres de aquel gobierno no juzgaron que un infanticidio transmitiría con más vigor á CUATRO GENERACIONES la ejemplaridad del desquite...

El final de Clemente mueve al llanto, como el de Ferrer inspira rabia. Sólo por imprecisas narraciones se conoce el detalle de la muerte de Clemente, contada en los periódicos extranjeros en forma tal, que los diarios españoles no pueden traducir... Pasemos. Mas yo

recuerdo ahora mismo, involuntariamente, aquella narración de Alfonso Daulet, comprendida en los «Cuentos del Lunes», y que lleva por título «El turco de la Commune». Es el pobre turco, que no se ha enterado de lo que pasa, imposibilitado de hacerse cargo, por desconocimiento del idioma, de los ideales, de las fiebres nuestras; fusil en mano, tras la barricada parisiense, continúa haciendo fuego, junto á sus compañeros, contra los enemigos de enfrente, sin enterarse de si son todavía los prusianos, ó si son los versalleses. Y cuando se ve rodeado de franceses, rendida la barricada, no se da cuenta de que «aquello» sea el enemigo; muestra orgulloso su «chassepot» de soldado, ensaña sus manos, negras de pólvora... ¡Bezeff! ¡Bezeff! Y he aquí que lo empujan contra una pared, le apuntan á la cabeza, disparan... ¡Ha muerto sin haber comprendido una palabra».

Eran los días de Julio. Bullían las calles, desmpeñadas rápidamente para obstruirse de barricadas. El niño de la carbonería, vagabundean o, saltaba de aquí para allá, queriendo «hacerse útil»; hacerse útil, infantilmente, á un pueblo que parecía, también infantilmente, querer jugar á los soldados... Barcelona, para aquel pobre de espíritu, ofrecía un aspecto nuevo, desusado, y, por ende, atractivo á las pueriles curiosidades. Corre aquí, corre allá, el carbonerito no sabía avenirse á su papel de pequeño héroe. Debería escalar las barricadas, en perfil de modelo velazqueño, sobre las piedras prontas á la tragedia a vica. Pero todo «sin comprender una palabra»... ¿Qué sabía él de todo aquello? Los mayores lo entendían. Basta. Además, aquello entretenía, era divertido: algazara en el arroyo, diálogos de que todo iría bien, de que «entrarían los nuestros». Mil noticias increíbles de victoria llegaban de todas partes. Se decía, se contaba... ¡Qué se yo! No se a vertía por parte alguna mala voluntad contra el pueblo.

Los conventos ardían pacíficamente. Las llamas de aquellas casas abandonadas eran como antorchas de la insólita fiesta. Hasta la libertad de las monjas, por forzada que fuese, era motivo de alegría en aquellos momentos de generosa fiebre. Ya no más misterios en aquellos antros de la religión vedados á la vista inquisitiva de la ciudad. Ya no más suposiciones de mártires sepultados en el secreto de las tumbas conventuales, bajo las losas que ahora mismo alzaba, ansiosa de comprobaciones siniestras, la mano del pueblo. Y Clemente, dicen, incapaz de penetrarse bien de las cosas ambientes, en aquella hora de extrañezas, cogió, con toda su inconsciencia de pobre imbécil, una momia, y con ella remedió desmañadamente un paso de danza...

¡Ah! El no sabía que en aquellos instantes, con aquel acto, no castigado de muerte en la legislación aplicada á los conscientes, acababa de ofrecerse como propiciatorio á las decisiones de un gobierno fíamente cruel... Y así su carne de idiota recibió el castigo infligido á uno de los actos en que precisamente surgen la reflexión y la conciencia repentina de los pueblos: las revoluciones. Quiero comprender, amigos míos, que la sequedad de una interpretación

literaria, vo'untariamente severa, hiciese caer sobre el infeliz, lo que se llama «el peso de la ley». Pero sobre la ley está ciertamente el espíritu, que el Poder ejecutivo, civil siempre, es el encargado de aplicar. Y por eso mismo, nosotros hacemos caer hoy también, inversamente, sobre aquel Poder ejecutivo todo el peso de la ley nuestra, todo el peso de su alta responsabilidad.

Aquel Poder se singularizó precisamente por una especie de vejez gubernamental, bien característica en todas las situaciones reaccionarias. Ya lo véis, pues; una vejez encarnizándose en una infancia! La pintura se ha completado. ¡Tú, Víctor Hugo, que cantaste la cólera del Águila del casco, irritada por la muerte del joven Angus, pon hoy un eco de tu voz en la voz mía!

El niño de la carbonería anticipó en un mes la Floralía de Tardor, que es la fiesta de los muertos. Yo creo que su calle humilde se cubrió de flores, espontáneamente, milagrosamente, con sólo mirarlo un atardecer. Yo escribo hoy su pobre nombre, aureolado únicamente por la muerte, como si lo escribiese en un martirologio de la libertad. Y deshojo ante su sepulcro, todavía reciente, estas cuartillas, para que revuelen un momento como corolas blancas de lirio...

GABRIEL ALOMAR

Portugal en República

Lucharon en las calles de Lisboa fuerzas del Ejército y la Marina al lado de los revolucionarios, contra las tropas que permanecieron al lado del rey, y después de sufrir unas y otros grandes pérdidas, triunfaron las primeras, siendo proclamada la República el día 5 del actual y constituyéndose un gobierno con los prestigiosos republicanos siguientes:

Teófilo Braga, Presidente.

Antonio José de Almeida, G.berna-ción.

Coronel Barreto, Guerra.

Ageredo Gomez, Marina.

Antonio Luis, Fomento.

Basilio Telles, Hacienda.

Alfredo Costa, Justicia.

Be nardino Machado, Estado.

Durante las treinta y una horas que duraron los combates en la ciudad, no realizó el pueblo ni un sólo hecho de verganza personal.

Proclama del Gobierno

Al pueblo portugués: El Gobierno provisional de la República es, era del pueblo de Lisboa que, para consolidar la obra de la revolución, se imponga los mayores esfuerzos para que cesen inmediatamente en la calle todas las manifestaciones que puedan dar la impresión de que el orden continúa alterado.

Es indispensable el máximo respeto á la vida y á la propiedad. Para resta-

blecer inmediatamente la vida normal en la ciudad, conviene que vuelvan á la vida del trabajo todas las transacciones del comercio, de la industria y de la circulación pública, con objeto de que éste sea el período inicial de la reconstitución definitiva de la nacionalidad portuguesa.

Inspira esta recomendación los más altos intereses de la República.—*Joaquín Teófilo Braga.*

Alocución del gobernador

—El gobernador civil de Lisboa, don Eusebio Leao, publicó el edicto siguiente:

«¡Al pueblo lisbonense! El orden y el trabajo son la divisa de la patria liberada por la república.

»A todos vosotros se os ruega seáis los primeros en mantener la tranquilidad pública y en respetar la propiedad y las personas, no sólo extranjeras, sino nacionales, cualesquiera que sean su posición, su profesión y sus ideas políticas y religiosas.»

PROGRAMA

He aquí el del gobierno de la República portuguesa:

Instrucción pública difundida; la defensa nacional, marítima y terrestre asegurada; la administración colonial descentralizada; autonomía del Poder judicial; garantía completa de todas las libertades esenciales; supresión del Juicio de instrucción criminal; expulsión de los frailes y de las Hermanas de la Caridad y clausura de las escuelas de las Congregaciones; instrucción obligatoria; registro civil para los nacimientos, casamientos y defunciones; por último, separación de la Iglesia y del Estado.

Todas estas son disposiciones urgentes que el gobierno va á decretar. El gobierno empleará todos los medios necesarios para fortalecer el crédito público y la Hacienda de la nación.

Se me hace la boca agua pensando que podamos algún día en España lanzar al mundo un programa igual.

Verlo y morir sería para mí el colmo de la felicidad, como sería el de la desventura morir sin verlo.

¿Qué necesitamos para alcanzarlo? Unirnos de verdad y organizarnos de verdad, sin aspirar nadie al predominio en la idea ni en la acción, ni apartar de nosotros á los que pudieran ayudarnos, ni con bravatas ridículas, ni con ofrecimientos de reformas irrealizables hoy por hoy.

Abnegación, desinterés y patriotismo, republicanos españoles.

Mi parabién

A los portugueses que han arrojado del trono el chanchullo, el idiotismo, la molice, la holganza, el despilfarro, el robo al pueblo, la irresponsabilidad, la herencia de la soberanía;

A los que han repuesto en el altar nacional la Honestidad, la Justicia, la Igualdad y el Derecho;

A los pundonorosos militares y ma-

rinós que han acreditado ser la Patria el amor de sus amores negándose á ser los pinchos del burdel monárquico;

Al pueblo portugués que ha desafiado las iras pontificias, sentando mano en el Nuncio, que con título de Vicario de Cristo planeaba conspiraciones;

que ha disuelto las cárceles donde los sátiros de la Iglesia alocan y prostituyen los hijos del pueblo pescados con el anzuelo de la piedad;

que ha sabido hallar la prueba plena de que los jesuitas, regicidas de antaño, son los terroristas, dinamiteros, antipatriotas, sediciosos y criminales de los pueblos que les dan asilo:

¡Gloria eterna para los muertos!

¡Paz y justicia para los vencedores!

¡Muerte al clericalismo!

EL MOTIN

La República en Portugal

Su Majestad don Penseque

¡Quién lo habría dicho, que las adulaciones de la corrompida, ladrona é inmoral aristocracia portuguesa que envolvía á los reyes, convirtiéndose estaba en mortaja de la monarquía!

¡Quién lo dijera, que la arrogancia y cinismo de los magnates seculares había de desvanecerse como humo ante el empuje popular!

¡Quién lo dijera, que las damas de Estropajosa, con el séquito de sus lacayos barbilampiños, de sus fornidos cocheros, de sus ensortijadas amas de cría, de sus emperifolladas niñeras, de sus atildados capellanes, de sus libertinos maridos, de sus perrillos y frailes falderos; quién lo dijera que toda esa caterva de cortesanos, de corazón de hiena, de uñas de oso, de lengua de víbora y de cerebro de mico, en la noche del día 4 de Octubre había de ser impotente para llevar una risa y para ahuyentar el miedo del real palacio!

¡Quién lo dijera el día antes de la revolución, que al día siguiente, el monarca á cuya presencia se descubría la nobleza y se postraba un pueblo, se vería perseguido y escapado como un vulgar criminal, mendigando asilo á las sombras y protección al incógnito!

¡Quién lo dijera, que el clericalismo, el Vaticano y el jesuitismo, engañaban y seducían y arrastraban á la perdición á los reyes á quienes lisonjaban y que les servían de pabellón de sus lujurias!

Pero, ¿qué le decían al rey de Portugal sus péfidos consejeros?

Le dirían que el pueblo portugués era una manada de borregos, indignos de todo derecho é incapaces de cumplir el deber natural de defensa.

Le dirían que las aspiraciones populares eran conatos revolucionarios, merecedores sólo de represión.

Le dirían que los reyes están puestos^s para divertirse á costa de los pueblos, para burlar con el derroche de millones la miseria de los obreros, para afrentar con el boato cortesano la desnudez de los extenuados, para atropellar con el automóvil al trabajador decrepito, para presidir la junta de ladrones, de agiotistas y de estafadores encumbrados en el gobierno.

Le dirían que el rey está fuera de la especie humana y que debe ser un extraño al dolor del pueblo, que debe pasar de largo ante la calamidad pública, que debe ser insensible á la desesperación del obrero, que debe ser indiferente á las iniquidades de sus gobiernos.

Le dirían que está puesto por Dios para tiranizar, para realizar todos sus caprichos, para escarnecer á sus vasallos, para pasear su carroza triunfal sobre las masas sojuzgadas, abatidas y aplastadas.

Le dirían que está puesto para introducir hijos, parientes y favoritos parásitos en la nación, que con sus exacciones hiciesen imposible la vida á los nacionales, arrojándoles al destierro de la emigración...

Certificándole todo eso, allá estaba la inmunda aristocracia, explotadora del agio y baratera de todos los vicios é injusticias; allá estaba el ejército palatino de generales de salón, de coroneles de baile y de cadetes galantes; allá estaba el fraile libidinoso y el abate zascandil llevándole las bendiciones pontificias y las hostias de comunión. Allá estaban los usureros ofreciéndole sus millones, las de Estropajosa brindándole sus cuerpos...

¡Quién lo dijera, que todo eso había de acabarse!

¡Quién lo dijera, que la paciencia del pueblo tiene un límite!

¡Quién lo dijera, que la inmundicia no había logrado corromper y destruir el sentimiento patriótico de todos los militares y de todos los almirantes!

¡Quién lo dijera, que en Portugal quedaban todavía portugueses con uso de razón, con sentido de la dignidad humana, con amor al pueblo que les engendró, con valor para desligarse de la complicidad de los tiranos!

¡Quién lo dijera, que el vaso lleno con una gota rebasa; que tanto va el cántaro á la fuente que llega á romperse; que no hay mal que cien años dure, y que todo lo violento y tiránico es efímero y tiene su fin!...

¡Quién lo dijera!

Lo decía la lógica, lo decía el sentido común, lo decía el pueblo, lo decía Europa entera... Pero, ¿quién es capaz de dar crédito á tales testimonios, cuando afirman lo contrario el Dios del cielo y su Vicario en la tierra; cuando lo desmienten el barbudo fraile, el encopetado duque y la señora Estropajosa; cuando protestan contra tales profecías los de

la camarilla del palacio organizados en cuadrilla para arruinar la nación, escandalizar al mundo y mantener ciegos á los monarcas?...

¡Ya lo dice la Historia, ésa que no miente. El rey de Portugal se vió desahuciado del palacio; la cesantía le ha sido llevada en forma de balas rasas.

¡Ser cesante!

He aquí un amargo oficio para los que repartían cesantías.

El gobierno portugués había declarado la huelga de la justicia, de la moral y de la lógica; el pueblo las ha repuesto en el trono del cual habían sido desterradas.

Porque, antes portugueses que monárquicos; antes hombres que portugueses.

Cayó el ídolo: ¡que no se levante!

Las Cortes

Ya están de nuevo abiertas.

Si nuestros diputados imitaran á los de Portugal en la última legislatura monárquica, sobre todo en cuanto se relaciona con la cuestión económica, acaso pudiéramos convencer al país de que la República puede salvarle.

El "clero"; el ejército y los demócratas

El jueves último leyóse el proyecto de ley del servicio militar, y en él, según los extractos de la prensa, se dice:

«Los ordenados *«in sacris»* y los religiosos profesos contribuirán á las necesidades del ejército, no en funciones marciales, sino en las propias de su sagrado ministerio.»

Esta excepción es clerical de pura cepa y bochornosa para un gobierno liberal. Los carlistas tuvieron sus curas Merino, Santa Cruz, Goiriena, Agramunt, Alcabón, Galcerán y cien más, haciendo armas. Los jesuitas de Barcelona hicieron armas contra los revolucionarios de 1909. Repetidas veces se ha dicho que los conventos se surten de armamentos y de municiones.

Si para defender el clericalismo y el carlismo les es lícito el hacer armas, ¿por qué no ha de serles lícito para defender la patria?... Si pueden esgrimir armas para matar liberales españoles, ¿por qué ha de estarles prohibido para matar extranjeros?

La minoría republicana no debe dejar prosperar tal excepción; ante la muerte no hay clérigos ni seglares.

Otras dos enormidades hay en ese párrafo. Dice que los *religiosos profesos* serán empleados en funciones de su sagrado ministerio. Los *legos profesos* ¿á qué sagrado ministerio van á dedicarse en el ejército, cuando no tienen otro oficio que el de azotarse las posaderas, comer de vigilia y estar con los brazos cruzados? Ni que hubiese sido escrito con los pies, podía redactarse mayor

barbaridad. ¡Bonito papel el de un lego enfrente del enemigo, disciplinándose y apretándose los cilicios!

La otra enormidad es peor y de más transcendencia. Serán no pocos los que, para eximirse del servicio real de las armas, se harán profesos y se ordenarán. ¿Es así como hace anticlericalismo Canalejas?

A no ser que piense formar con los frailes y presbíteros una compañía que, con las cruces y gonfalones levantados, salga al encuentro de los enemigos cantando salmos y echando exorcismos. Este ministerio estaría en su puesto, y acreditaría la eficacia de los anatemas y de los escapularios.

Y otra barbaridad. ¿Qué va á hacer Canalejas de los mil y un clérigos y frailes que irán á filas, si habrá seis docenas para cada batallón y dos para cada soldado? ¿Darán ejercicios espirituales en los cuarteles convirtiéndolos en conventos y sacristías?

Otra. (Y esta va para la comisión de unificación de códigos.) La Constitución y el Código impiden retener en el claustro al fraile profeso que quiera dejar de serlo; el Concordato y el Código Civil en otros artículos, reconocen que la *profesión religiosa* y las *ordenes* subsisten á perpetuidad. He aquí, pues, que á un vivo que quiera eludir el *servicio militar* ordinario, le basta obtener el favor facilísimo de conseguir de ser admitido á la *profesión religiosa*, en lo cual carece de intervención el Estado, y al día siguiente puede salirse del convento.

Y otra. De las misas que digan en tal ministerio los clérigos-soldados, ¿quién disfrutará los estipendios? ¿Y quién pagará las hostias y el vino?

¡Ridículo... ridículo... ridículo!

¿Qué harán los capellanes castrenses ante tal medida?

¿Qué harán de tanto fraile y de tanto cura los cabos, sargentos y capitanes?

Como no los utilicen para acémilas...

Ahí queda eso

La huída

Mientras el ejército leal y el pueblo monárquico se batía á muerte en las calles de Lisboa, por defender el trono, la familia real recogía sus alhajas y objetos de valor y huía, dejando á sus partidarios en brazos de la muerte.

¡Aprendan los servidores de tales amos ingratos y desleales á sus fieles!

Ha habido muchos muertos; ninguno de ellos era rey, ni príncipe, ni infante.

Confianza en la Virgen

La última noche que el exrey Manuel pasó en Portugal, dijo al ver tristes é inquietos á sus servidores:

«Tengan buenas noches y descansen sin cuidado, porque la Virgen está por encima de todo, y mi patrona, la Purí-

sima Concepción, velará por nosotros y nos amparará con su protección.»

No niego que la Virgen haga lo que el exrey dice; pero sospecho que le hubiera agradecido más que comenzara á protegerlo desde el día 4, en que la revolución estalló.

Lo que no me explico es cómo don Manuel, teniendo en la Virgen fe tan ciega, salió corriendo á los primeros tiros, privándola así de la ocasión de salvarle.

Sabría acaso aquello de «fiáte en la Virgen y no corras», y no quiso desairar la frase.

Pan asegurado

The Herald asegura que la ex real familia portuguesa tiene colocados en Inglaterra 260 millones de francos.

La noticia me sorprende, por haber leído en estos días la lista de los anticipos que el Tesoro le había hecho á don Manuel.

Tranquilícense, por lo tanto, los obreros y campesinos de Portugal, que estarían hondamente preocupados ante la idea de que al destronamiento siguieran el hambre y el abandono que ellos sufren.

El pan de esa familia está completamente asegurado.

Acudan á los templos á dar gracias á la divina Providencia, por tan singular favor, llevando cada uno un mañusser por lo que pudiera tronar.

Entusiasmo patriótico

La nación entera acogió con entusiasmo el cambio de régimen, y los ministros comenzaron á trabajar en la obra que ha de hacer de Portugal un pueblo libre y próspero, libre de tiranos, ladrones, y conculcadores de toda ley y pisoteadores de todo derecho.

Y cuando todos pensaban y obraban tan patrióticamente, los enemigos de todo lo noble, todo lo grande y todo lo bueno llenaron por un momento de sombra aquel cuadro de luz, vida y esperanza.

La dinamita contra el Ejército

¿Quién la ha empleado? ¿Los anarquistas? No. Los jesuitas.

¿Contra qué Ejército? Contra el portugués, después de la revolución.

Pasaba á las 8 de la noche del 7 la ronda de cadetes de la Escuela Politécnica por la rua de Quelhas en servicio de vigilancia, acompañada de seis marineros, cuando les fué arrojada una bomba de dinamita desde el convento, hiriendo á un cadete y matando á dos marineros.

Rápidamente acudieron tropas de infantería, caballería y artillería para rodear el convento y apoderarse de los

autores de la agresión, y entonces, desde las ventanas de la casa religiosa empezaron a arrojar bombas de dinamita, que explotaban sobre el adoquinado y contra las paredes de los edificios próximos. El número de explosivos arrojados fué de 135.

Al mismo tiempo, desde las ventanas se hacían disparos de fusil maüßer.

Comunicación subterránea

Como el convento de Quelhas tiene comunicación subterránea con el de Trinas, las fuerzas rodearon ambos edificios.

En los primeros momentos se produjo gran pánico: los pacíficos transeúntes no esperaban semejante agresión.

La cólera popular se mostró de terrible manera. La emoción era extraordinaria. Se sospechaba que la temeridad de quienes ocupasen el convento de Quelhas obedeciera á un plan combinado y estallase la lucha en toda la ciudad.

Comenzaron los disparos de las ametralladoras y las descargas de fusilería. Desde el convento se contestaba á tiros de pistola y arrojando bombas. Estas estallaban con frecuencia aterradora, demostrando que existía en el convento un inmenso arsenal.

El hombre de los terrados

Como en Julio de 1909 en Barcelona, comenzaron a disparar desde los terrados en la calle de la Estrella.

El reflector de un barco iluminó el convento, y tan pronto como dió la luz en sus muros se hicieron desde las ventanas dos descargas cerradas contra los soldados.

Cerca del convento vive el expresidente del Consejo, Sr. Campos Henriques.

Monjas que se rinden

A las once de la noche cesó el tiroteo, resultando heridos unos veinte soldados.

Las tropas y la marinería empezaron a golpear á culatazos las puertas, y oyeron voces femeninas que pedían amparo; eran las de unas monjas.

Cuando los primeros marineros entraron en el edificio se les hizo vivísimo fuego desde sitios tenebrosos, escapándose después los agresores sin dejar huella.

Las monjas apostatan

Las monjas pidieron que se las enviara á sus domicilios, pues no querían seguir haciendo vida religiosa. El gobernador civil se opuso á esta pretensión, y fueron trasladadas en automóviles á un lugar provisional. Eran las tres de la madrugada. A la mañana siguiente fueron depositadas en el arsenal marítimo.

Mientras esto ocurría, marchaban á Madrid cinco monjas de otra Comunidad, vestidas de seglares. Las escoltaron los cadetes.

Incidente

Los jesuitas y los frailes de diferentes Ordenes y conventos siguieron cometiendo salvajes actos la noche del 8.

Desde la iglesia de Córigos, al anochecer hicieron fuego sobre una patrulla de caballería. Al acudir más tropas y gentes del pueblo armadas, como en

el día anterior en el convento de jesuitas, se abrió uno de los ventanales de la iglesia y lanzaron una bomba de dinamita, que cayó sobre los soldados y la gente.

Dando ayes lastimeros quedaron tendidos en el suelo Alejandro González, marinero español; João Pereira, Eugenio da Silva, de infantería; dos vendedoras de periódicos que estaban á la puerta de su kiosko, llamadas Adelina y Julia Colombini.

En la posta sanitaria establecida por el periódico republicano «O Século» en la Plaza del Rey Don Pedro, fueron curados tres marineros, dos de caballería, dos soldados de infantería, un lancero y siete paisanos.

Alumbrándose con antorchas, penetraron en la iglesia los soldados, y aunque la registraron, no encontraron á nadie; habían huido los agresores.

En diferentes puntos de la población fueron apresados varios jesuitas que disparaban contra los soldados. El pueblo, indignado, quería lyncharlos.

Desde la iglesia de los Santos hicieron fuego sobre unos militares, arrojando á la vez bombas explosivas.

Desde la torre del convento de la rúa Quelhas se hicieron la misma noche del 8 numerosos disparos con pistolas y otras armas.

Los guardias y la tropa entraron con linternas y recorrieron todo el convento inmediatamente, sin encontrar á nadie.

El periódico «O Mundo», al relatar el suceso pregunta:

«¿Por dónde entraron los jesuitas anoche al convento? ¿Por dónde salieron? ¿Hay algún subterráneo ó escondrijo?»

Relato interesante

Relato de una visita que Ricardo Fuenfue hizo al convento desde do de se dispararon maüßers y se arrojaron bombas de dinamita sobre las tropas y el pueblo:

«He recorrido todas las dependencias y habitaciones, encontrando cosas curiosísimas y dignas de ser reveladas al público.

Se nota en algunas habitaciones la huella de haber quemado muchos papeles y documentos.

Los baúles están todos abiertos y con señales de haberse llevado los legajos que consideraron de mayor interés.

Todo está en un desarreglo espantoso, habiendo por los suelos una inmundicia de manuscritos, tarjetas, fichas, cuadernos, legajos y cartas.

En una dependencia del convento tienen ó tenían establecido un laboratorio de Farmacia, montado con bastante esplendor, y donde se han encontrado líquidos y materiales para la fabricación de toda clase de máquinas explosivas.

En uno de los estantes de la librería se han encontrado una extensa colección de fotografías y de libros pornográficos.

La despensa no la soñara mejor Lúculo, bien provista de manjares y conservas, y de los mejores vinos.

El pueblo comenta esta espléndida y riqueza, y la compara con el hambre

y miseria por que atraviesa todo el país.

«Eduardo Rosón, concejal del Ayuntamiento de Madrid, ha encontrado en este convento una bomba de mano del tamaño de una naranja mandarina; es de estaño plateado y pesa 500 gramos.

Me la dió y la tuvimos en la mesa del comedor, en el hotel; yo la llevé luego al cuartel general y se la entregué á un teniente de Marina.

Espectáculo gracioso

En los momentos de asueto, las tropas que guardan el convento se dedican á recorrer el edificio.

Los soldados bromean vestidos con las sotanas de los jesuitas.

Otros llevan los bonetes, y otros se dedican á cantar La Marseillesa, acompañados al piano por un soldado.

Los documentos

Todos los papeles encontrados en el convento se han llevado al Gobierno civil para su examen.

El oficial que me acompañó en la visita me regaló á una colección de medallas, ciclos, escapularios, libros de todas clases, papeles, escritos y versos.

Hallazgos en otro convento

En un convento de monjas contiguo al de Quelhas se han encontrado también cosas curiosísimas.

En los armarios de algunas celdas y guardados en cajas de madera, había unos objetos de goma que a loptan formas extrañas y que tienen diversos tamaños.

La gente ríe estos hallazgos.

Monjas embarazadas

Hoy he estado también en el Arsenal, donde hay recluidas 250 monjas.

Muchas de ellas son jóvenes y guapas, y se quejan del acoso constante de que eran víctimas por parte de cónegos y de algunas de sus compañeras.

Hay seis monjas embarazadas, y son las más hermosas.

Todas estas vírgenes del Señor fueron conducidas á sus domicilios en automóviles, siendo tratadas con toda clase de miramientos.

Las extranjeras serán conducidas á la frontera.

De las monjas he oído las palabras más exquisitas de elogio para los revolucionarios.

FACTURANDO MONJAS

(Relato de Luis de Tapia)

Cuando entré en el arsenal, Marinha se hallaba en la sala de actos, rodeado de unas doscientas monjas de diversas Ordenes.

En el salón, decorado con banderas para el banquete que el rey Manuel «pensaba» dar á Fonseca el mismo día en que se proclamó la República, habíanse reunido las hermanitas procedentes de los conventos requisados.

Sobre las mesas dispuestas para el monárquico banquete las religiosas tomaban una merienda que se les servía por marineros republicanos. Después eran invitadas á cambiar de ropa. Una vez ataviadas con sus faldas, blusas y

pañuelos ó mantillas á la cabeza, recibían una guía para obtener billete gratuito de ferrocarril hasta los lugares á que quería dirigirse cada una de ellas. En un automóvil, y de tres en tres, eran conducidas á la estación y allí tomaban el tren que había de conducir las hacia sus casas.

El receloso pavor las hacía no probar las meriendas servidas por aquellos hombres, que seguramente habían envenenado los comestibles...

—Vayan tranquilas—las decía amorosamente Do Campos—y si en sus casas quieren rezar algunos Padrenuestros más, recéntos sin cuidado.

En pocos días esperan estos hombres poner en sus familias á todos los religiosos.

Esta misma labor que Marinha verificaba con las monjas practicábala con los frailes, jesuitas y sacerdotes el simpático Eusebio Leau, actual gobernador civil de Lisboa.

Pequeñeces

MINAS.—Desde el convento de las Huegas se ha descubierto una mina que da á la capilla de las Francesillas, por debajo de las Cortes.

EL NUNCIO.—El Nuncio, temeroso del pueblo, dió permiso para que registraran su palacio. Luego mandó izar la bandera pontificia.

EL PATRIARCA.—Acompañado de dos frailes fué preso y puesto en libertad después de haber jurado fidelidad á la República.

UNA MUJER FRAILE.—Ha sido detenido un fraile disfrazado de mujer.

¡ADELANT!—Continúan los registros, detenciones y expulsiones de frailes.

PÉRDIDA.—Se ha perdido el obispo de Beja. Al que lo presente se le gratificará.

DESTERRADO.—Lo ha sido el cardenal Nest, franciscano como Aguirre, patriarca y obispo como él.

JESUITAS.—Expulsados los individuos y confiscados sus bienes.

Detalles simpáticos

Algunos curas, disfrazados de aldeanos, fueron detenidos.

Del convento de jesuitas de Campo Alegre fueron sacados cuatro carros de armas.

A consecuencia de diferentes actos de hostilidad, fueron presos 350 frailes de diversas órdenes.

Comentario espontáneo de "El País"

La generosidad ha sido allí tan grande—propia de un pueblo valiente—que ni siquiera se ha incendiado la casa residencial de los jesuitas, del inconcebible, absurdo, insano atentado de los seráficos padres contra la fuerza pública encargada de custodiar la guarida de la Compañía de Jesús.

Compañía de malvados foragidos es ésta. Un rapto de locura, producido, tal vez, por el temor á que el pueblo asaltara el convento, les hizo precipitarse á la defensa y descubrir, imprudentemente, la dinamita que almacenan en los sótanos de sus colégios y residencias, y el odio que guardan en sus almas.

Han dado los jesuitas, con esa insensata hazaña, la nota negra, cruel, sanguinaria de la revolución de Lisboa.

Los frailes de la Compañía de Jesús comprenden y sienten el odio que les rodea. Viven siempre alerta, como los judíos en España durante la Edad Media, y ahora en Rusia y en otras naciones bárbaras. Su vida es triste, inquieta, perturbada por el recelo y el temor, es la vida del avaro, del asesino perseguido, del reo condenado á muerte. Extinguir esa maldita Compañía, afrenta de la humanidad, es libertar á muchos hombres.

Al pueblo español

¡Ya sabéis la táctica de los hijos del boñadísimo y santísimo Pío XI...

¡Acordaos de las minas de los conventos!

¡Acordaos de las bombas de dinamita!

¡Acordaos de los Hombres de los Terrores!

¡Acordaos de los jesuitantes!

Portugal por la República

¡Salud, Lusitania nueva!
¡Salud, portugueses bravos!
¡Esta jornada os eleva!
¡No tenéis alma de esclavos!

¡Ya aquel trono carcomido
no descansa en vuestros hombros!
¡Ya habrá desaparecido
entre montones de escombros!

¡Ya las iras populares,
tanto tiempo a mordazas,
rompen trabas seculares!
¡Ya hay muchas cuen as saldadas!

¡Ya los dilapidadores
en las sombras se recluyen!
¡Ya aterran vuestros fueros
á los tiranos que huyen!

¡Ya un régimen insolente,
mantenedor de injusticias,
habrá visto claramente
que sus fuerzas son ficticias!

¡Que hoy la dignidad humana
todo despotismo impide!
¡Que la fuerza soberana
sólo en el pueblo reside!

Ya el Maura de Portugal,
expulsado y confundido,
de su reprensión brutal
los frutos ha recogido.

Y acaso el Franco de España,
hoy, aterrado, medite
que hizo la misma campaña
y que hay quien busca el desquite.

¡Portugal emancipado,
que hoy naces á nueva vida!
¡Cuánto oprobio soportado!
¡Cuánta injusticia sufrida!

¡Y qué hermoso renacer

después de tanto sufrir!...
¡Ver los palacios caer!
¡Ver á los reyes huir!

EMILIO NAVARRO

El estercolero mundial

Han comenzado á venir á España monjas y frailes portugueses.

Todas las naciones que se higienizan nos arrojan su basura.

Si no la barreos pronto moriremos apestados.

Los italianos, conocedores del paño, piden que su gobierno reciba á los jesuitas como Clemente XIV: á cañonazos.

Carlos III, más piadoso que los republicanos, facturaba los frailes con destino á su papá, el Papa. ¿Por qué no enviárselos ahora?

Mas ¡ay! nos quedaremos con todos los que vengan. Somos avaros en el acaparamiento de verdugos.

Pero se me ocurre una idea salvadora. ¿No podría llevárselos el Mokri, en pago y recompensa de los caballos que ha traído de regalo á los españoles?

De entre los frailes, ligados con el voto de castidad, podría elegir el sultán sus eunucos; y de entre las monjas no faltarían aspirantas á sultanas.

Profecía cumplida

¿Recuerdan nuestros lectores la lámina del número 38 de EL MOTIN en que aparecía el Corazón de Jesús sirviendo de baluarte desde cuyas aspilleras vomitaban fuego contra el pueblo los clericales?

Pues... nos quedamos cortos.

No nos atrevimos á poner dinamiteros, y sin embargo, en Lisboa á la dinamita han apelado los jesuitas. Y no sólo contra el pueblo, sino contra el ejército regular que iba á protegerles.

¡Qué siempre nos quedamos cortos al calcular la maldad de la gente!

EL OBJETO DE LA REVOLUCIÓN

¿Por qué, si quieres la libertad, no matas al tirano y evitas de ese modo los horrores de una gran contienda fratricida? ¿por qué no asesinas al déspota que oprime al pueblo y ha puesto precio á tu cabeza? me han preguntado varias veces. Porque no soy enemigo del tirano, he contestado; porque si matara al hombre dejaría en pie la tiranía y ésta es á la que yo combato; porque si me lanzara elegantemente á él, haría lo que el perro cuando muerde la piedra inconsciente que le hiere, sin adivinar ni comprender el impulso de donde viene.

La tiranía es la resultante lógica de una enfermedad social, cuyo remedio actual es la revolución, ya que la resistencia pacífica de la doctrina troyana sólo produciría en estos tiempos el aniquilamiento de los pocos que entendieran su sencillez y la practicarán.

Leyes inviolables de la naturaleza ri-

gen las cosas y los seres: la causa es creadora del efecto; el medio determina de una manera absoluta la aparición y las cualidades del producto. Donde hay materias putrefactas sobreviene el gusano; donde quiera que asoma y se desarrolla un organismo, es que ha habido y hay elementos para su formación y nutrimento. Las tiranías, los despotismos más sanguinarios y feroces, no quebrantan esa ley, que no tiene escollones. Existen, luego á su alrededor prevalece un estado especial del medio ambiente del cual ellos son el resultado. Si ofenden, si dañan, si estorban, ha de buscarse su anulación en la transformación del morbosos medio ambiente y no en el simple asesinato del tirano. Para destruir la tiranía es ineficaz la muerte aislada de un hombre, por más que él sea Czar, Sultán, Dictador ó Presidente, que equivale á procurar la desecación de un pantano matando de cuando en cuando las sabandijas que en él nacen.

Si fuera de otra manera, nada más práctico y sencillo que ir hacia el individuo y despedazarlo. La ciencia moderna pone en nuestras manos instrumentos poderosos de una eficacia segura y terrible, que manejados una vez y haciendo un número insignificante de víctimas, realizarían la libertad de los pueblos; y la revolución no tendría excusa ni objeto.

Para la mayoría de las gentes, revolución y guerra tienen igual significado: error que á la luz de extraviados criterios, hace aparecer como barbarie el supremo recurso de los oprimidos. La guerra tiene las invariables características del odio y las ambiciones nacionales ó personales; de ella sale un beneficio relativo para un individuo ó grupo, pagado con la sangre y el sacrificio de las masas. La revolución es el sacudimiento brusco de la tendencia humana hacia el mejoramiento, cuando una parte mas ó menos numerosa de la humanidad es sometida por la violencia á un estado incompatible con sus necesidades y aspiraciones. Contra un hombre se harán guerras, pero nunca revoluciones; aquellas destruyen, perpetuando las injusticias; éstas mezclan, agitan, confunden, trastornan y funden con el fuego purificador de ideas nuevas, los elementos viejos envenenados de prejuicios y carcomidos de polilla, para sacar del ardiente crisol de la catástrofe un medio más benigno para el desarrollo y la expansión de los seres. La revolución es el torrente que se desborda sobre la aridez de las campañas muertas para extender sobre ellas el limo de la vida que transforma los eriales de la paz forzada, donde sólo habitan reptiles, en campos fértiles, acondicionados para la espléndida floración de las especies superiores.

Los tiranos no surgen en las naciones por un fenómeno de auto-generación. La ley universal del determinismo los sube á las espaldas de los pueblos. La misma ley, manifestada en el poderoso transformismo revolucionario, los hará caer para siempre, asfixiados como el pez que fuera privado de su morada líquida.

La revolución es un hecho plenamente consciente, no el espasmo de una bestialidad primitiva. No hay inconse-

cuencia entre la idea que guía y la acción que se impone.

PRAXEDIS G. GUERRERO

(Los Angeles.)

Penitente rechazado

El domingo 2 del corriente solicitó ser oído en confesión en la iglesia de P.P. Agustinos de la calle de Valverde, un distinguido joven recién llegado á la corte. Era la hora del crepúsculo, la iglesia estaba desierta, y todo convidaba á aquella alma atribulada á limpiar su conciencia en la piscina «santa» del tribunal de la penitencia. Sentíase movido por la «divina gracia», temía morir en aquellos instantes, y nervioso y agitado aguardaba al ministro de Jesucristo, representado en esta ocasión por un obeso fraile, nombrado el P. Maximino.

Más de una hora esperó el penitente... Trémulo y vacilante se acercó por fin al confesonario, y lejos de escuchar palabras de consuelo, cual su situación requería, solamente logró desesperar al «santo» religioso... «porque las lágrimas no le dejaban empezar su confesión y el reverendo no quería entretenerse.»

«Vuelve mañana—dijo el padre—pues es muy triste que el único rato que tengo de descanso haya de pasarlo aquí contemplándote.» Tales fueron las palabras textuales del «devoto cenobita», y tal la indignación del distinguido joven, que juró no volver á confesarse en lo que de vida le quede.

Nada de esto llama mi atención; pero me alegro de que esos frailes den lugar con su conducta á que pierdan la fe en la Iglesia romana los que aún comulgaban en esos ideales.

Me enhorabuena al referido P. Maximino que no quiso trocar la compañía de sus devotas penitentes en la sala de visitas, por la poco agradable conversación de un penitente en el confesonario.

Enhorabuena que amplió al penitente rechazado, por la suerte que ha tenido.

Si en vez de ser en España, es en Portugal, lo despiden el fraile con un pistolazo.

Pues ya hemos visto cómo las gastan los religiosos de por allá.

¿Cómo las gastarían los de acá, si la ocasión se les presentara?

Ofensas á Dios

Durante la manifestación del día 2 del actual en Santiago de Compostela, se le ocurrió á un ciudadano gritar: ¡viva Nakens!; y de no intervenir la Guardia civil, se lo comen vivo los clericales.

Al saberlo, exclamé entre indignado y entristecido:

«¡Haga usted favores para esto! Dedíquese durante una ya larga vida á traer al buen camino á curas y frailes, ora con sanos consejos, ora con dulces fraternas; derroche toneladas de ingenio en darles bromas regocijadas; emplee arrobas de talento en persuadirles de que no deben dar albergue en sus almas á pasiones insanas, ni degradar sus cuerpos con vi-

cios repugnantes, y todo para encontrarse con que los favorecidos no permiten siquiera que nadie manifieste deseos de que yo viva. ¿Quién vió nunca ingratitud tamaña?

Bien mirado, no debería quejarme; los errores de vocación se pagan con réditos de desventura enormes. Si allá por la revolución de Septiembre, en que comencé á interesarme por el clero, me meto á cura, jesuita, seductor de beatas viejas, usurero ó ladrón, hace años que tendría una fortunita saneada, ó sería obispo, arzobispo, general de la Compañía de Jesús, ó cualquiera otro cargo eclesiástico de esos que, si quitan honra, dan provecho. Pero nada; se me ocurrió moralizar curas, como á Don Quijote acometer aventuras descabelladas, y así ando ahora de medrado.

Empeñado en salirme con la mía, fundé años después EL MOTIN, creé la sección de *Flores místicas*, escribí artículos sin cuento, edité libros, publiqué folletos, todos con igual tendencia é idéntico propósito, y últimamente asaltóme en hora bendita la santa idea de difundir en *Hojitas piadosas* el entrañable cariño y el interés inmenso que la gente eclesiástica me inspira, y...

Tentaciones me entran de abrir aquí un paréntesis para soltarme unas cuantas maldiciones por mi torpeza, ó de alzar las compuertas que contienen mi llanto, para que se desborde caudaloso hasta formar un mar inmenso donde arrojarle de cabeza.

Pero ¡ay! no me atrevo. Pudiera contrariar los designios de la Providencia, que me ha señalado la misión de moralizar al clero, y que prolonga mis días en la tierra, sin duda para que, si no puedo moralizármelo, por ser absolutamente imposible, se lo domestique un poco por lo menos.

Y dicho esto, me permito advertir á los clericales, que al desear mi muerte se ponen frente á frente de su Dios y Señor. Cuando él me tiene aquí, sabiendo como soy, lo que hago, y que no he de cantar á última hora la palinodia, será porque le convenga; y si le conviene, le ofenden aquellos que quisieran exterminarme cuanto antes. ¡Y vengan teólogos á contradecir ó refutar esto que digo!

Y para concluir, saldré por peteneras:

Pues que el cielo me creó
para armarle al clero guerra,
de mis actos en la tierra,
responda el cielo, no yo.

PLAUSIBLE IDEA

Se trata de constituir una casa editorial dedicada exclusivamente á publicar las traducciones españolas de los libros condenados por el Papa.

Nos parece excelente empresa; algo tendrán de bueno esos libros cuando el Papa los condena.

Los quebranta-huesos

Tenemos abuelo.

Desearía que alguien me resolviese este problema de psicología social:

«En qué grado de equilibrio fisiológico o psicopático se hallan las colectividades (pueblos, escuelas, partidos, etcétera), que en vez de mirar las grandezas por acometer en lo porvenir y los medios de curar el decaimiento presente, dedican sus afanes y entusiasmos a desenterrar muertos, á erigirles altares, cantarles panegíricos y dedicarles solemnidades?»

Porque está claro como el agua que esta solemnización de las glorias pasadas, puede ser un instrumento pedagógico de gran fuerza educativa; y también puede ser un acto de justicia pagando á los héroes las proezas que efectuaron por la patria ó por la humanidad, con el pacto implícito de indemnizarles el sacrificio de sus vidas con la celebración y encomio de sus muertes. Pero también está claro como el agua que muchos de estos necropómanos dedicados á exhumar cadáveres heroicos, en lo que menos piensan es en el pago de tal deuda de justicia con el pasado, ni la ejemplaridad pedagógica para lo futuro. Y aun en algunos casos cabría investigar si el panegirista y desenterrador intenta más bien ser él el panegirizado con el panegirico dedicado al muerto, ó si es éste el favorecido en aquella intención. Porque son muchos los santos y mártires que lo son merced al elevado precio que adquieren sus reliquias, medallas, estampas y cánticos, y son no pocos los casos en que los apologistas de afectada devoción han suplido con huesos de cadáveres mostrencos las muelas, tibias, peronés y falanges de los huesos agotados de los santos auténticos, resultando de tal devoción farisaico-clerical, una porción de santas y santos con tres cabezas, como el cancerbero, ó con dos caras, como Jano, ó con siete, como la bestia del Apocalipsis; con veinte muelas, como el típecántropo de Haeckel, y con más piernas que un ciempiés.

Y maña es de estas escuelas inventar héroes cuando no los hallan legítimos, de donde provienen los disparatados milagros pantagruelistas y gargantuescos de no pocos santos imaginarios.

Digo todo esto, porque voy notando que estos presentes años de solemnísimas calamidades patrias, discurren conmemorando glorias centenarias. Centenario de Colón, de Cervantes, de la Independencia, cincuentenario de Balmes... y en fin, que estamos picados de la viruela del jubiileismo, y no hallando motivo de júbilo en las miserias actuales, vamos á buscar razón de admirarnos en la historia de nuestros abuelos.

Y señores!, hay cada centenario, que me río yo. ¿Cómo España puede asociarse al júbilo de la independencia de los que fueron estados suyos y ahora son repúblicas emancipadas?

Hácame esto la misma gracia que si la hija invitase á su madre á celebrar, no la «boda de plata ó de oro», principio de la luna de miel, sino el hecho preciso de la «emancipación», cuyo júbilo va esencialmente incorporado al recuerdo de tristeza de la «opresión» cuya cesación se celebra.

Yo veo que España atraviesa una fase de inconsciencia asombrosa y sintomática de la muerte cerebral. Una nación cualquiera entraría en reflexión y recogimiento al ver en América celebrarse con fiestas universales la expulsión del dominio español; en Filipinas, ver proclamado santo y patrón de la patria, á Rizal, fusilado por nuestra soberanía; en Cuba, anunciarse el concurso para el monumento que se va á erigir á Maceo, caudillo llamado mil veces foragido por nuestros patriotas ó patrioterros; en Bruselas, incluirse en el programa de fiesta universal de su Exposición, la inauguración del monumento á Ferrer, fusilado por un gobierno del Estado español, en Montjuich... Cada fiesta de estas debiera ser considerada como un temible mensaje que la Humanidad y las naciones nos presentan; en todas partes se celebran como fiestas nuestros fracasos y derrotas; Rizal, Maceo y Ferrer son tres fantasmas terribles que la conciencia humana desentierra y resucita «in memoriam»... señalándonos con piedra negra á las generaciones...

Finalmente hay otra consideración más dura por hacer: y es que ciertos «centenarios», más que apologías, huelen á escarnios.

No se escribió en vano

«si el sabio no aprueba, malo;
si el necio aplaude, peor»;

y si por este principio debemos fijar nuestro criterio, nos parecerá que convierten en oso bailarín á Balmes los aplausos forzados y artificiales del actual clero ignoranton, mastuerzo y adokinado; así como el que vayan á celebrar la virilidad, patriotismo y liberalismo de las Cortes de Cádiz, estos nuestros senadores, diputados y ministros, «cuneros» por toda virtud, parásitos de la nación por todo patriotismo, y tembleques ante el entrecejo del Papa, á quien un simple alcalde de Roma reta á singular y campal batalla.

¿Qué autoridad tienen aquellos memos para cantar las glorias de un sabio que ni siquiera han leído, ni leyéndole son capaces de entenderlo, y con su conducta demuestran el culto fervoroso que rinden á la ignorancia y á la huelga cerebral?

¿Qué gloria pueden dar á los diputados de Cádiz estos consejeros de ferrocarriles, accionistas de la Vasco-Castellana, patronos del Monte de Jerez, comisionistas de Vickers y de Ansaldo, que mandan tocar retirada á nuestras tropas al anuncio de la escuadra yanqui y mandan cañonear los destaralados aduanares rifeños; estos que no se atreven á dar el pasaporte á un conspirador público extranjero y lanzan impávidos á la expatriación, sin previo proceso, á millares de nacionales... ¡esos... esos!, los que han aislado del pueblo las Cortes corrompiendo el sufragio y convirtiendo en feudo las actas; esos fonógrafos del «sí» y del «no», diputados-muñecos y toribios de salón... esos, ¡los apologistas de los bravos diputados, soldados en el campo, legisladores en las Cortes, emancipados de la rutina, videntes del futuro, heraldos de la libertad, confesores-mártires de la Patria, por la cual todo lo sacrificaron sin estipendio, y fundadores de un régimen fracasado...?

¿Ha pensado alguien en que este centenario surta algún efecto para despertar el espíritu patriótico; habrá algún

cunero que ante la falange de aquellos patriotas renuncie su acta; algún «comisionista» de los enriquecidos con el agio, que restituya á la patria los bienes mal adquiridos...?

¿Qué significará la «medalla» esa, símbolo de unas Cortes gloriosas, colgada del pecho de los congresistas de ahora?

En tiempos de las bárbaras naciones colgaban de las cruces los ladrones; y en el siglo que llaman de las luces, del pecho de ladrones cuelgan cruces.

En resumen: ¿qué aplicación tiene á esta monomanía funeraria nacional, el adagio aplicado al individuo: «necesita abuelo...?». En estos tiempos en que «los muertos mandan» y se comen á los vivos, dejemos á los pajarrones quebranta-huesos la tarea de manosear los muertos, no para glorificarlos, sino para glorificarnos. La «medalla» servirá sólo de sentencia contra vosotros: «vosotros mismos os juzgáis».

RICARDO MAYOL

¿Cómo quieres que la orvíe
si la he dado tantos besos
como le da á su sobrina
el sotana más flamenco?

Aves negras

Envueltos en sus fúnebres sotanas descendieron á tierra. Eran unos cincuenta clérigos; habían hecho la travesía en el *Alfonso XIII*, en compañía del general Polavieja, razón por la cual supusimos formarían parte de la representación diplomática que España envía á México con motivo de celebrar esta república su primer centenario de libertad.

—Vaya—nos dijimos,—seguramente que nuestra vieja exmetrópoli ha querido enviar una *embajada clásica*, y á fe que estuvo acertada: militares, curas y toreros. (Estos últimos ya están en el país de D. Porfirio.)

Mas nuestro gozo fué al pozo; desgraciadamente los fatídicos avechuchos que la política de Canalejas ha hecho emigrar de su país, se han quedado en suelo cubano, y el navío de la Trasatlántica española, aliviado en parte de tan molesta carga, ha proseguido su viaje.

¡Cincuenta curas más! ¿Hasta cuándo? Por lo visto han tomado á nuestra república como inmenso convento donde seguir laborando por el fanatismo y la ignorancia, tierra pródiga que esquilmar, conciencias que embrutecer...

Mercaderes de la religión asaltan y ocupan la patria de Martí, del mismo modo que los comerciantes judíos se establecieron en el templo de Jerusalén. ¿No habrá por ventura un nuevo Cristo que flagelando sus espaldas con el látigo desestupizante los obligue á abandonar este suelo?

Son las avanzadas de una invasión que se aproxima; la ruptura de relaciones entre España y el Vaticano, traerá como lógica consecuencia la separación de la Iglesia y el Estado; la clérigalla

sufrirá con tal medida irreparable descalabro y la *sopa boba* huirá de sus labios; acostumbrados á la holganza no querrán trabajar, y entonces á su mente acudirá el recuerdo de la América, siempre hospitalaria, rica y generosa, y así, del mismo modo como otros llegan á nuestras playas á sacar nos el d nero en nombre del IDIOMA y de la RAZA, ellos, humildes hijos de Su Santidad, no hablarán de la sacrosanta RELIGIÓN, y el timo del *terceto* se efectuará una vez más...

Vendrán como moscas al panal, se repetirá el reciente caso ocurrido en Francia cuando el ilustre Clemenceau asestó rudo golpe á la clerecía romana, y millares de monjes y curas evacuaron á la península ibérica, que hoy, ahita de ellos, nos los envía.

Protestemos, hermanos, contra esas inmigraciones; que á sus oídos llegue nuestra repulsa y el unánime grito de ¡no más curas!; que se queden donde estaban, que para calamidades nos bastan y soban las que actualmente padecemos y que sería un colmo de injusticias tener que aguantar otra más; ¡digo!, y en vísperas de unas elecciones que ya se han prologado con tiros y garrotazos...

Apercíbanse del mal que se nos echa encima, y estén prevenidos, que, como dice el refrán y no ha muchos días se repitió en estas mismas columnas por un querido compañero nuestro, ¡cubano prevenido vale por mí!

EL SOBRINO DE SU TÍO

El Tiempo (Habana).

Las estrejitas del sielo
no pueden estar cabales,
porque han subido varios curas
y fentan las prencipales.

Sangre y exterminio

Nadie más inconsecuente que los católicos. La Biblia, ese libro inspirado por el Espíritu Santo, escrito por Dios mismo—según ellos—dice en uno de sus innumerables lugares—para todos los gustos—que «la oración todo lo consigue» y, sin embargo, los católicos, el clero secular, la frailería, hacen caso omiso de estas palabras y predicán, propagan y alientan á sus huestes con arengas de guerra y exterminio, como si toda su fuerza se hallara en el mañuser, la pistola browning y las navajas de Albacete... ¡Bonito concepto tienen de su Dios, cuando para defender su Iglesia tienen que recurrir á esas armas tan *espirituales*!

A la serie de ministros del altar que tales agumentos ponen en práctica, hay que sumar á un fraileco que en Calatayud, desde la *Cátedra de la Verdad*, azuzó á los ilusos que le escuchaban, recomendándoles «salieran á la calle, y afiladas las armas repelieran la agresión contra la á viva fuerza». ¡Vaya una ma-

nera de seguir á Cristo por las calles de Jerusalén hasta el Calvario!

En la iglesia hubo protestas; el teniente coronel de la zona la inició y á ella se unieron todos los fieles, haciendo abandonar aquel lugar al desaprensivo fraile.

¡S ga adelante toda esa gentuza de sayal y cerquillo! Su obra es redentora y de ella esperamos el triunfo. Los hombres de buena fe, ayer ciegos y engañados, están próximos á dejar caer la venda que les impedía ver claro. Los pastores del rebaño de Cristo son los encargados de extirpar las cataratas que los cegaban...

¡Estamos, pues, de enhorabuena!

Si tú tuvieras vergüenza
y tuvieras garlochí,
no te irías con el cura
al sitio donde te vi.

EN SANTANDER

De fracaso puede considerarse la mogigata salida de huestes católicas por las calles de Santander. Los elementos republicanos de la capital organizaron una contramanifestación, á cuyo frente marchaban los valientes é infatigables propagandistas Isidro Mateo y Francisco I. Socasaus, que se jugaron la vida á cada paso con el valor que presta la fe en los ideales.

Desde las primeras horas de la mañana comenzaron á llegar los alcaños de los pueblos vecinos, siendo recibidos en el Boulevard por grupos de curas, terciados los manteos á guisa de capote de lidia y ostentando en la mano gruesas cachiporras, con un alarde de provocación que asqueaba. El público sensato insultaba á los señores de sotana, y los pobres aldeanos, apestados y llenos de verüenza, miraban como idiotas á los clérigos que de manera tan «espiritual» los recibían.

La manifestación pudo ponerse en marcha debido al auxilio prestado por la Guardia civil é innumerable fuerza de policía, y, sin embargo, ocurrían á cada paso escenas bien poco edificantes. En un balcón de la Ribera presenciaban el paso de la manifestación tres frailes, rodeados de señoras Estropajas; unas pescaoras, al reparar en el animado grupo, comenzaron á «saludarlas» en la forma que se merecían, hasta el punto de exclamar una de ellas: «Mientras vuestros maridos están en la manifestación, vosotras jugáis con los frailes. Si yo fuera una desventazonada os diría p... sinvergüenzas... pero como la tengo, nada os digo.» El público aplaudió d lirante y las beatas y los frailes se ocultaron.

Los pobres alcaños que iban en la manifestación, al sentirse objeto de pedradas, silbidos é insultos, hufan en todas direcciones, los unos á sus pueblos, los otros á ocultarse en cafés y tabernas... Abofetados, heridos y maltrechos, contaban con temor: «Nos han engañado los curas; ofreciéronnos viaje y buena comida, y tendremos que buscarla en la Cocina Económica.»

Un conocido beato dió un palo al segundo inspector de Policía creyéndole un republicano: «Soy autoridad y me ha-

dado usted un palo en el pecho», replicó el agente.—«Perdón, señor—contéstole—creí era usted republicano.»

Unas beatas saludaban á los curas, y al verse motejadas por una mujer del pueblo, embarazada por más señas, quisieron insultarla por aquella prueba de mujer fecunda: «Más le valiera ocultar esa barriga en casa; á lo que respondió la aludida liándose á bofetadas con las Estropajas: «Yo doy hijos á la Patria, mientras vosotras los enterráis en la Inolusa.»

El público aplaudía y choteaba á las beatas entre cuchufletas y carcajadas.

A D. César Pombo, conocido jaimista, le quitó un joven un arma cuando iba á dispararla. El joven fué detenido por haber evitado una desgracia; como era republicano...

Un detalle para terminar.

Un cura, fornido como un jayán, recibió un insulto. Indignado, ante un grupo de señoras, prorrumpió en esta forma: «Tengo dos... como todo hombre.»

Volviéndose un respetable caballero católico, le corrigió diciéndole: «Padre, ese lenguaje es impropio de un ministro del Señor.» «Aquí,—contestó el curiano—todos somos iguales.»

En resumen: la manifestación católica un fracaso, á pesar de haber sido escoltada por la fuerza pública.

La contramanifestación un triunfo, debió á los Isidros Mateo y Socasaus, y á las animosas fuerzas que les secundaron en tan gloriosa jornada.

La pena de un siego es grande
qu por donde vá no ve;
más si qu ere abrir el ojo,
que busque un cura francés.

Caso corriente

Este que describe *La Nueva Unión* de Plasencia no es nuevo; en casi todos los asilos gobernados por los clericales ocurre próximamente lo mismo. Pero como el colegio que se cita es aquel en donde robaron hace años no recuerdo cuántos miles de duros, traslado con mucho gusto los siguientes párrafos, para que mis lectores se enteren de que no ha cambiado en lo más mínimo aquella honrada administración:

«El Colegio de «La Constancia», pia dosa institución de caridad expulsa, sacro legado de un hombre ilustre, dulce asilo de amor y filantropía, es en la hora de ahora foco de enfermedad incurable, depósito de epidemia asoladora, refugio de concupiscencias, centro y sede de toda sinecura, de todo egoísmo, de toda rapacidad, de toda impudicia.

Lo decimos muy alto; con voz vibrante, con dedos de amargura y desconsuelo, pero con la certeza y el valor sereno que presta á los espíritus honrados la satisfacción del deber cumplido.

El Colegio de «La Constancia» es hoy sentina de odios, de avaricias y egolatrías. En ese asilo de la ofandad inocente, desvalida y sin amparo, se roba á los hijos espirituales de don Calixto Payans el cuantioso legado que él dedicó para defensa y protección de los heráneos.

Se roba la salud, el alimento, el vestido, el aire, la educación y la vida. En ese Colegio no hay higiene, ni comida, ni médicos, ni maestros. Los patronos distraen su atención en disquisiciones estúpidas, faltas de interés. Y en manos de hombres asalariados, llenos de ambiciones, sino de lacras, dejan encomendada la instrucción, la educación, la vida del mañana, el aprendizaje de un oficio ó carrera, el cuerpo y el espíritu de un centenar largo de acogidos; y con una administración viciosa, corrosiva, letal, poco á poco van empujando el régimen del Colegio por senderos de abrojos, de suerte tal que no es aventurado predecir la catástrofe postrera, el término vergonzoso y obligado de tantos y tamaños desafueros.

Es presidente del Patronato el Obispo de la Diócesis Hombre soberbio, pagado de sí mismo, sin tacto ni prudencia, tiene, como el manzanillo, la virtud de matar en flor toda buena obra, si ella no lleva en su prólogo y remate el marchamo de su egolatría y el visto bueno de sus deseos.

Podrá decirse de esos párrafos lo que se quiera, pero no que son oscuros ni flojos.

Obren con esa energía y empleen esa claridad las autoridades que deben poner coto á esas infamias, castigando á sus autores, cómplices y encubridores, para ver si de este modo llego á ver realizado el deseo más ardiente de mi vida: ver á un obispo y á unos cuantos clericales de campanillas en el banquillo de una Audiencia.

Y aquel día, no diré con el poeta:

Hoy creo en Dios.

Pero diré algo más grande:

Hoy creo en la justicia.

¡Chiquiya! Va lentamente
te dió Dios sabiduría;
no sabes dar un respunte
y sabes toa la doctrina.

EN CARACTER

En los actos de la vida social, en las relaciones de unos individuos con otros, la educación es la norma reguladora de las acciones humanas. Sin delicadeza, sin esa segunda epidermis que cubre nuestra animalidad, es imposible ir á parte alguna, como suele decirse, ni presentarse en la sociedad. Por otra parte—y ésta de interés vital en la vida que llaman religiosa—los hombres que escudan sus miseria bajo los pliegues de un hábito monacal, están obligados no sólo á seguir esa regla general que la más rudimentaria educación prescribe, sino lo que es aún más importante, deben aparecer en todos y en cada uno de los actos de su vida como ejemplos de aquella modestia y circunspección que el gran hipócrita que se llamó Ignacio de Loyola, prescribe á sus amados hijos y discípulos en las reglas de la Compañía.

Sentada esta base, á guisa de introducción, qué dirán nuestros lectores, de los a emanes y dos hermanos de la Doctrina Cristiana, que apoyando la mano izquierda sobre el brazo derecho y encojiendo algunos dedos, se exhibían

en señal provocativa, indecorosa y desvergonzada ante el pueblo de Avilés, el día de la manifestación clerical?

Pues lo que dirá toda persona sensata, que sepa lo ocurrido. Que ni eran religiosos, ni educados, ni personas decentes. Y pareció... donos á nosotros demasiado suaves tales calificativos, agregaremos que se trataba de unos gañanes ó arrieros, cómo son la mayor parte del clero regular—y que pedirles cortesía y delicadeza nos resultaría tan absurdo cómo el demandar peras á un olmo.

Templen, pues, su indignación los que tal escena presenciaron, y váyanse enterando de una vez para siempre que si el estrabismo que la religión pone en sus ojos les permitiera ver claro, ese hecho que hoy comentamos, no sería para ellos sino uno de tantos actos desvergonza los, atrevidos, y rufianescos de uso común en esa clase de gente que, abandonando el arado y la azada vistieron la cogulla monacal como garantía de que las pasadas hambres y abstinencias del hogar doméstico no habían de hacer nuevas víctimas en ellos.

Siempre he creído que aquella máxima: «*Quorum Deus venter est*» tiene su más exacta aplicación cuándo se le atribuye á la Iglesia en cualquiera de sus cleros, ya secular ó regular, pues todos sabemos

Que dijo Melchor:
tan borracho eres tú como yo,
y yo como tú,
y tú como yo.

Unos ojos negros fueron,
causa de mi enfermea;
marditas las cosas negras
que siempre paran en mal.

Diálogos de sacristía

El párroco y la marquesa

Personajes: Marquesa del Peñón, alta, rubia; muy elegante, guapa y zalamera.—El párroco, clérigo de pocas letras, pero muy conocedor del mundo, viste con limpieza y sin afectación; sesenta años de edad muy bien llevados.—Un monaguillo paliduchito, cara simiesca, precoz en malicia y en los vicios.

Escena: Sacristía de parroquia aristocrática. Grandes cajoneras de nogal tallado, ornamentos ricos, mucha limpieza. De pacho del párroco: estantes con libros, mesa de escribir, sillones de cuero y cuadros religiosos muy malos en la pared. Hora: once de la mañana.

Marquesa (*entra en la sacristía de puntillas, con gran ruido de sedas y hablando en voz baja*).—¿Esta el señor cura?

Monaguillo (*quedo infraganti escuchando unas vinorras*).—¡Ah! La señora marquesa! Sí, está ahí dentro, en su despacho. ¿Le llamo?

Marquesa.—No; yo entraré... ¿Se puede pasar?

Párroco.—Adelante. (*Se levanta con muchas sonrisas y reverencias*).—Mi señora marquesa. ¿Cuánto honor! (*Acercándose un poco*).—Dígnese aquí la señora... ¿La niña buena?... No esperaba verla tan pronto por aquí... ¿Ocurre alguna cosa?... (*Con interés fingido*)

Marquesa.—Nada por ahora, gracias á Dios. No pensaba venir hasta el viernes, día de la comunión reparadora del Apostolado; pero (*con turbación*) quisie-

ra decirle á usted una cosa y no sé cómo empezar... La verdad, tengo reparo...

Párroco.—Puede usted hablar sin temor alguno; como sacerdote y como caballero soy la discreción personificada y... además, el párroco está para el consuelo, para la guía de sus feligreses...

Marquesa (*sonriendo forzosamente*).—No, si no es nada; una tontería! Pero hace varios días que le estoy dando vueltas en la cabeza, me desvela, me pone nerviosa, intranquila... Hoy he venido á misa y he dicho: «De hoy no pasa sin que hable al señor cura.» Y aquí estoy.

Párroco.—Muy bien hecho. ¿Es algo de conciencia? ¿Quiere usted que vayamos al confesonario?

Marquesa.—No, no es para tanto... Además, ya sabe usted que yo tengo confesor fijo; el P. Molinos, de la Compañía... ¡un santo!... Además, están ahí fuera las de Belmar y les llamaría la atención ¡No harían pocos comentarios!

Párroco.—Como usted quiera. Estoy á sus órdenes. Hable usted.

Marquesa (*haciendo un gran esfuerzo*).—Inesita, mi hija, creo que se confiesa con usted.

Párroco.—Así es; tengo ese honor.

Marquesa.—Inesita es muy buena, un ángel; pero es caprichosa, nerviosilla, algo rebelde y muy voluble. Yo siempre la estoy predicando como una misionera: «Inesita, sé formal; Inesita, haz lo que te digo; Inesita, procura moderar tu corazón.» Ella parece que me hace caso; pero enseguida se le olvida y á la primera ocasión vuelve á darme otro disgusto. ¡Está tan mimada la pobrecita! Como es hija única y mi pobre Alfonso la quiere tanto, y yo soy tan madraza y tan blanda de corazón! En fin, que siempre la dejo salir con la suya... ¡Ay! Las madres somos así, señor cura... Bueno; pues usted ya sabrá que Inesita hace un año que tontea con Ramiro, el hijo de los condes de Hojarasca, nuestros vecinos... El es un chico bueno, guapo, elegante, un poco tímido; á veces parece tonto, pero, e o sí, muy buen cristiano y educado con mucho rigor por sus padres... El pobre está loco por Inesita y ella le aprecia bastante; hasta casi le quiere, porque las cosas se han de decir como son. (*El párroco mira con insistencia á la cortina de la puerta y juega con el cortapapeles*). ¿Le molesto á usted? Volvería mañana...

Párroco.—¡No faltaría más! Es que me pareció haber oído ruido en la sacristía y... síga, señora marquesa, síga. Hasta las once y media, que viene don Braulio para decir su misa, estaremos tranquilos. (*El párroco en su interior*: ¡Ese maldito monaguillo está escuchando! De todos modos, conviene que hablémos bajo).

Marquesa.—Pues, como le decía á usted, Inesita consideraba bastante al chico de los de Hojarasca; creo que le ha escrito alguna carta; simpáticas de chicos; pero, hijo mío, desde que el sábado vió en el baile de la Embajada á mi primo Rodolfo, que ha venido ahora de Londres, pues se ha trastornado por completo y ya no hace caso del de Hojarasca y á mí me tiene frita, porque los condes lo han notado y me tiran indirectas y yo no puedo hacer carrera de Inesita... Porque yo no puedo ni debo dar el menor aliento á este capricho

de Inesita. Mi primo Rodolfo tiene ya treinta y cinco años, es un hombre como suele decirse *corrido*; una gran figura, eso sí, alto, moreno, vigoroso, con unos ojos negros como la noche y un *gancho* para las mujeres que... Figúrese usted, señor cura, qué destrozos no puede hacer un hombre así en el corazón de una chiquilla inexperta como Inesita... El, Rodolfo, como á mí me trata con tanta intimidad, al fin somos primos, y como sabe que estoy tan sola desde que falta mi Alfonso, pues, claro está, entra en casa siempre que quiere; pero la dichosa niña no nos deja un momento solos y comete mil incorrecciones para que él se fije en ella... Hasta ahora todo son bromas y simplezas; pero los hombres, ya sabemos, padre, lo que son, y estas cosas son muy delicadas, y ya empiezo á observar que Rodolfo se fija demasiado en Inesita y... (llora con gran emoción) ¡Qué disgustos me hace pasar esta chiquilla! Y Rodolfo está nervioso, pensativo... A noche no me quiso acompañar al teatro... Y esto hay que cortarlo, señor cura; ayúdeme usted para que Inesita deje en paz á Rodolfo... porque á mí no me hace caso y Rodolfo el mejor día hará una locura por mucho que yo vigile, porque los hombres tienen á veces caprichos inexplicables, y, es claro, tanto se lo pueden meter por los ojos que... ¡Jesús, ni sé lo que me digo!

Párroco.—Cálmese, señora marquesa... Todo se arreglará. Su... primo Rodolfo, si usted le hace reflexiones, comprenderá que entre usted é Inesita... quiero decir, que lo que usted le diga siempre será más sensato y razonable que lo que pueda decirle una niña... ¿Y qué puedo yo hacer en esto?

Marquesa (con vivacidad y salamería).—Mucho, señor cura, y á eso he venido... Usted confiesa á Inesita; el viernes vendrá á la comunión del Apostolado... Ella es cristiana fervorosisima, y á usted le hará mucho caso; póngale las excelencias del chico de los condes, que heredará seis millones... Dígale usted para animarla que la de Durán, una amiga suya, le hace eucamonas; quizás los celos... Y, sobre todo, aféele usted su capricho por Rodolfo; dígame usted que es un perdido, que ha perdido ya á varias muchachas, jugador, sin un real y hasta que tiene una enfermedad oculta... Cualquiera cosa; la cuestión es que lo aborrezca, que le desprecie, que nos deje, digo, que le deje en paz. Un confesor puede mucho... Usted tiene un talento privilegiado y comprenderá mi intención... Es preciso, señor cura (vuelve á llorar), que arranquemos á Rodolfo de este peligro, digo, á Inesita. Porque lo de Inesita es un capricho y Rodolfo es todo fuego y pasión y si se entrega á ella... yo me moría del disgusto.

Párroco.—Basta; comprendido. Comprende las altas razones de amor... maternal que la inspiran á usted y procuraré coadyuvar en esta obra meritoria, porque lo es, pues se trata de evitar que Inesita caiga en un lazo... La misión tiene sus espinas, pero yo procuraré que su niña deje en paz á Rodolfo y... á usted.

Marquesa (radiante de alegría).—Siempre tuve un alto concepto de las elevadísimas dotes de discreción y virtud que adornan á usted y hoy me da usted una prueba bien evidente de ello... Le prometo que si algún día dejo al padre

Molinos sería usted mi confesor... Me voy y cuente usted con mi gratitud eterna... Ya me dirá usted cómo respira Inesita... Y á propósito, creo que tiene usted una porción de pobres en el barrio... (Abre el limosnero.) Aquí tiene usted mil pesetas para sus obras de caridad privadas. (Con intención.) Es una pequeñez... ¡Tiene una tantos gastos!

La Marquesa besa la mano del párroco y éste se guarda el billete, después de leer la cifra con detenimiento. Sale, acompañándola hasta la iglesia. El monaguillo, que estaba escuchando detrás de la cortina, se queda azorado en medio de la sacristía. La marquesa al pasar le hace una caricia y le da dos pesetas.

Monaguillo (haciendo un guiño de granuja redomado, cuando el párroco y la marquesa han salido).—¡Vaya una tía gachil! ¡Quién fuera Rodolfo!

FRAY GERUNDIO.

Hombre pobre güele á muerto,
á la joyanca con él;
y ni aun le dirán los curas
requiescat in pace, amén.

Un Chapón que canta

El obispo de Niza es aquel á quien tiempo atrás dió un magnífico recorrido el magnífico escritor y magnífico hijo del P. Jacinto, á propósito del casamiento de monseñor Perraud, provisor y canónigo, etc.

En un suelto del número anterior, dimos cuenta de la carta que ha enojado al Papa. En *Le Figaro* del 29 de Septiembre hallamos otra segunda carta, de la cual se deduce que el Papa ha *rectificado* una vez más, ¡se va acostumbrando á las rectificaciones!, ofreciéndose á acoger paternalmente las *observaciones* y *proposiciones* que fielmente le hagan los obispos.

Monseñor Chapón se duele de que la indiscreción de *Le Figaro* diese publicidad á su primera carta confidencial, y protesta de ello.

Chocante es que el obispo de Niza se extraña de la publicación de cartas suyas confidenciales, cuando en España el cardenal Casañas publicó una carta confidencialísima nada menos que del Rey, y los *zuavos* de la *Defensa Social*, puestos en el mundo para luz y guía de discretos, publicaban confidencias del propio sumario de Ferrer. Y pesa al señor obispo de Niza, algo más respetable es un tribunal militar que entienda en causas de muerte, y dos algo más respetable es la carta del Rey, que una carta de un simple obispo ó de un simple Papa.

La carta segunda de San Pablo á los *filipenses*, digo, del obispo de Niza á *Le Figaro*, demuestra que el Papa hace de los obispos franceses un poquitito más caso que de los españoles, así sean de la propia villa y corte, cuyas *preces* le son devueltas por la curia diciéndole que desagradan á Su Santidad. Ni un obispo de Niza podía llegar á más, ni

un obispo de Madrid-Alcalá podía llegar á menos.

Demuéstrase además otra cosa: y es que el obispo de Roma despotica porque á los obispos les da la gana de que lo haga, ya que una simple carta del obispo nicino ha bastado para que la Santa Sede dé explicaciones y haga atenuaciones á un decreto publicado como definitivo.

Y, por último, demuestra que en el episcopado hay mar de fondo y que los obispos se van cansando de ser comparas de la tiranía pontificia, que parece empeñada en entronizar la herejía papal de *negar y prescindir de la autoridad docente* del episcopado, de hecho expulsado del doctorado eclesiástico.

Por todas estas razones merecen ser registrados estos documentos.

En resumen. El Papa cantó la palinodia ante la actitud de Alemania en lo de la enciclica borromeana. Ahora la ha cantado á propósito de las innovaciones de la primera comunión de los niños, ante la reprobación de un obispo.

¿Qué tal? No sólo en Roma hay obispos: también los hay en Niza, puesto por el Espíritu Santo para defender la grey de todo ataque del obispo romano.

En España es en donde no hay obispos. Aquí sólo tenemos delegados pontificios y ministeriales.

Te juro, morena mía,
por el que murió en la cruz,
que mejor te doy mi sangre
que bebo la de Jesús.

Buen proyecto

La Junta municipal de asociados de Málaga ha acordado suprimir la subvención que venía disfrutando el Asilo de San Bartolomé, guarida de frailes salesianos dedicados á la «enseñanza», pero que, según declaración del concejal Sr. García Morales, el asilo aquel es un «conglomerado de industrias que no pagan contribución», y las clases, comedor y cocina de los asilados son «inmundas pocilgas y depósitos de basuras.» Esto, y la supresión de la subvención que venía disfrutando el capellán de la Iglesia del Santo Cristo de la Salud, ha sacado de quicio á los neos, que no saben qué hacer para recuperar sus antiguas prebendas.

Aunque lo que más los ha exacerbado ha sido la proposición del Sr. Gomez Chaix, concediendo 1.000 pesetas á la Academia de Instrucción de la Juventud Republicana y 500 á cada una de las Escuelas republicanas del 6.º y 10.º distrito, proposición que fué aprobada por una mayoría aplastante.

En vista de todo esto, el párroco Vega, de la iglesia de San Pablo, ha lanzado un proyecto que no deja de tener gracia, pues dice que 8.000 desgraciados (ancianos, huérfanos y desvalidos) reciben diariamente comida, vestido, educación, albergue, asistencia y cuidados de frailes, monjas y sacerdotes; y que si se le garantizara el uso del derecho, él haría una manifestación clerical.

cal, y... (desde aquí copio testualmente) «Después de recorrer las calles de Málaga con este ejército, pasaría la manifestación por el Círculo Republicano Socialista, por las redacciones de sus periódicos, por los diversos centros anticlericales y les iríamos dejando á los huérfanos, ancianos, enfermos, corrigendas, preservadas, educandos, alumnos y hambrientos desvalidos que desde aquel momento quedarían al cuidado de su «altruismo», y canónigos y curas y frailes y monjas, beatos y beatas y todos los clericales nos iríamos ya tranquilos y libres de esos cuidados á nuestras respectivas moradas, con lo que se daba por disuelta la manifestación», enviando luego este telegrama á Canalejas:

«Declarados «inútiles» de Real Orden los clericales de esta ciudad, se meten en sus casas y hacen entrega de sus millares de pobres protegidos á los «utilísimos» anticlericales, que ya tienen dispuestos locales y provisiones para desempeñar su tutela filantrópica. Bajo este punto de vista nada hay que temer. Salud y Federación.—La Comisión.

Empezando por quitar algunos ceros á las cifras consignadas y decir que esas Escuelas del Ave María con sus 300 niños está subvencionada, me parece de perlas el proyecto del caritativo Zeñó Paco Vegas, del que sin duda se acordarán los lectores de EL MOTIN, pues algunos de sus rasgos de abnegación han sido publicados en sus columnas.

Yo creo, Zeñó Paco, que discurre usted como los ángeles, que decimos en nuestra tierra. Venga de ahí; envíenos esos 8.000 niños, jóvenes y viejos que mantiene por «caridad», y yo le garantizo que á los tres meses se han acabado los bifteks, los capones y las magras en las cocinas de esos «asilos», para sus mantenedores, por supuesto, y en cambio esos infelices estarán gordos y lucidos. Desde luego no olvide remitir con ellos las subvenciones que del Ayuntamiento, Diputación, etc. reciben ustedes para «los pobrecitos pobres», quedándose con lo que las seráficas y benditas almas católico-carcales les dan, que también es menos de lo que abulta. Conque ánimo, y á convertir el proyecto en hechos.

Pero no, no lo harán; porque entonces muchos brutos que aún creen en las patrañas clericales se convencerían que con honradez y sin religión se pueden hacer las mejores obras de caridad, y se vendrían con nosotros, y ellos no podrían vivir si no tenían pobres que les sirvieran de cebo para sacarle los cuartos á los imbéciles.

E. FERNÁNDEZ PÉREZ

Málaga, Octubre 1910.

Piensen los frailes y monjas, piensen y no piensen bien, que nadie ve sus jolgorios y todo el mundo los ve.

LA INDISOLUBILIDAD CONYUGAL

Sí; una barbarie trae otra. Hubiera aquí la tan culta como razonable ley del Divorcio, y probablemente Coll no dispararía tres tiros á quema ropa sobre su indefenso rival, porque él podría desposarse con una mujer que le

quisiera, y Nieves Hermida unirse con Sánchez de Lara.

Sí; es menester borrar de nuestro teatro antiguo la parte que aconseja esas musulmicas venganzas, y, también del moderno. Estos versos:

«que las manchas del honor sólo con sangre se quitan,» encajan á maravilla en una musa africana.

Ser amado á la fuerza es un absurdo, y la palabra adulterio es un ético dislate que esa Ley sepultará, el día que España sea una nación verdaderamente progresiva.

¿Quién se opondrá con todas sus fuerzas á que tan venturosa inhumación acontezca? El clericalismo y los politicastros acomodaticios que le hacen el juego.

Entre las orientaciones progresivas que figuran en el reciente opúsculo del ilustre innovador jurídico Gómez de Laserna, aparece la mil veces oportuna de hacer efectiva la penalidad que á los duelistas corresponde, y en él se echa de menos la que merecen los maridos calderonianos; lo que resulta, en mi modesto entender, muy lamentable, porque urgía que tan respetable voz sonara contra ellos.

Algunos católicos creerán que la sin ventura pecadora de autos fué educada en las escuelas sin Dios de que tanto abomina el señor Canalejas; pues se equivocan; porque lo fué por su ahora difunto padre, que rezaba el rosario asiduamente, y era uno de los devotos más fervientes del carlismo.

Veritas.

J. DE LA HERMIDA

Padrón y Septiembre de 1910.

La palabra que me diste á la puerta de la iglesia, te la recuerdo, *sofana*: págame las diez pesetas.

Condenación y compasión

Hace algunos años fué condenado á muerte por el tribunal de Zara un individuo llamado Simeone Covacevich, á causa de haber asesinado á una anciana, parienta del párroco de Polesmill, don Francesco Tomashevich. Poco después le fué conmutada la pena de muerte por la de veinte años de presidio.

El párroco, que se vió envuelto en el proceso, y del que salió absuelto, socorrió durante algún tiempo á la mujer de Covacevich. Cesó de hacerlo, y, sin duda en venganza, el *presidiario* ha acudido al juez que instruyó el proceso, denunciando al párroco y á una tal Antonietta Ostrich, como reos de dos delitos de infanticidio. Conducido á Polesmik, indicó con precisión admirable el sitio donde se hallaba sepultado uno de los cadáveres. En su consecuencia, el párroco Tomashevich y Antonietta Ostrich han sido procesados y presos.

Arrojo esos dos nuevos infanticidios al rostro de la Iglesia, que tantos millones de ellos tiene á su cargo, y compadezco á ese cura que los perpetró por no atreverse á romper con ella.

Escuelas laicas

Conocidos los grandes resultados que se consiguen en los centros de instrucción puramente laicos, convendría crear en cada población una escuela racionalista, en donde, ajenos los niños á toda idea religiosa, pudieran aprender todo aquello que les fuera mañana más útil que los rezos y oraciones, para solicitar trabajo en la fábrica, en el taller ó en el campo, cuando necesitaran de él.

Un colegio laico cuesta poco crearlo. Basta con la voluntad. Y para que cada pueblo tenga el suyo, sólo se necesita entusiasmo y amor á la enseñanza: fórmese un presupuesto de gastos generales, créense acciones de 10, 15 ó 20 pesetas cada una, pagaderas á plazos semanales de veinticinco céntimos y repártanse entre los que amen la instrucción.

Si á pesar de tan insignificante cantidad no pudieran los obreros quedarse cada uno con una acción, debido á la falta de trabajo ó á la escasez del jornal, podrían entre dos pagarla, á fin de no retrasar con la falta de fondos los trabajos de construcción del edificio destinado á escuela.

En algunas poblaciones podría costar hasta 5.000 duros la construcción del edificio y todo el menaje de escuela; en otras menos. Este capital podría recaudarse en dos años por medio de acciones de 25 pesetas, las cuales podrían distribuirse fácilmente en la forma dicha. Y habiendo una en cada población, España sería dentro de contados años una nación progresiva debido á que los niños de hoy formarían mañana una legión de hombres de provecho, capaces todos de desempeñar los cargos más elevados.

El verdadero patriotismo consiste en hacer algo provechoso. Si hay verdaderamente deseos de hacer patria, puede estudiarse esta idea y ponerla en práctica.

El tiempo apremia; los clericales, enemigos de la instrucción, verían con gusto que no se hiciera nada, pues mientras la ignorancia predomine será muy difícil la redención de España y el vencerles de su error.

Adelante, pues, y demostremos con hechos el amor al progreso.

Tengamos en cuenta que, cuando sale un niño de la escuela para ir á la fábrica, al taller ó al campo, no se le pregunta si sabe rezar; por muy católico que sea el patrono, prefiere al hombre que sepa su obligación, convencido de que con los rezos y oraciones no se cultivan los campos ni se fabrica nada.

Menos rezar y más estudiar.

Si los gobiernos no hacen escuelas, hagámo las nosotros.

JOSÉ SANJUAN

San Vicente del Raspeig.

Es singular que las huellas de los pies del diablo hayan sido halladas en las rocas, pero no las de Dios; de modo que sobre el primero existen pruebas de su existencia, cosa que no pasa con el segundo.

(FOLLETÓN 71.)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

POR

OFFENBACH

á esto añaden las arbitrarias y también muy numerosas detenciones que mandan hacer con cualquier pretexto, pero, según nos dijo Zaratrasta, en realidad con la mira de que el detenido, naturalmente, mientras lo está, no procrea; tienen por añadidura una gran compañía de vapores regiamente subvencionada para que conduzca emigrantes á otros países; á los militares en situación de retiro que se hallan casados, les hacen pagar una cuarta parte de cédula personal más que á los solteros; y todo, todo cuanto su ingenio y malicia les sugieren, lo ponen en práctica para disminuir la población y empeorar ó empobrecer la raza.

Por esto meten tanto ruido con el «Con-cor-da-to» en cuanto se trata de reducir ó refrenar el agotamiento racial, y otros, el agotamiento, mejor dicho, nacional, á que conduce el excesivo número y personal de las órdenes religiosas. ¡Concordato! ¡Concordato! ¿Qué tienen que ver ni con la religión ni con el Papa las asociaciones celibatarias y los dañosos efectos de que hablamos?

Con la religión, si acaso, tendrán que ver esas asociaciones porque, profesando la religión del Estado, contribuyen con sus rogativas y abstinencias á que la divina providencia ampare al jefe de él, del Estado, y al Estado mismo. Pero ya se halla demostrado que esto no es así, especialmente desde que se ha hecho público lo que el sacerdote á que en el anterior capítulo aludimos, dijo á la dama de la familia real. Para «todo lo que interesa á la nación» y principalmente para proteger la vida y salud del soberano, está visto; un simple capellán en Alemania vale más que una docena de cardenales y arzobispos, cinco docenas de obispos, y cien mil curas y frailes y monjas en España.

CAPITULO XL

QUE TRATA DE LA INVOLUNTARIA, PERO COLOSAL HEREGÍA DE ISABEL LA CATÓLICA, ORIGEN Y CAUSA DE CUANTAS LUEGO HAN VENIDO SUCEDIÉNDOSE

Colón halló un nuevo mundo que no buscaba. Si lo hubiese buscado

no habría sido seguramente Isabel I quien le hubiera ayudado á encontrarlo. ¿Cómo había de conspirar aquella reina contra la ciencia cristiana, contra el Antiguo y Nuevo Testamento? ¿Cómo había ella de tolerar que se diese á la fe católica el certero y tremebundo golpe que le dió el descubrimiento de América? No; ella no sabía que lo que se iba á descubrir era un hemisferio terrestre total y absolutamente desconocido, y se murió sin saber que tal era lo que se había descubierto.

Tampoco Colón lo sabía. Colón no partió en busca de nuevas é inauditas tierras, sino en demanda de la gran isla de Cipango (Japón) de que Marco Polo hablara. Y es de observar que el ir hacia el Oeste en busca de países que Marco Polo señalara al Este, no implica necesariamente que la tierra fuese redonda, puesto que todo ciudadano ha salido de su casa muchas veces en una dirección, y regresado por la opuesta sin haber dejado de moverse en una superficie plana. De modo que aunque Colón supiese ó sospechase lo de la redondez de la tierra, no está probado, ni es probable, que Isabel la Católica se hubiese enterado de tan gran novedad.

De todos modos, si el nuevo hemisferio de la tierra fuese todo él de agua, el crédito de los Testamentos, especialmente del nuevo, no padecía gran cosa; pero ¿descubrir ese hemisferio que los libros santos no habían dejado sospechar, y hallar en él un continente inmenso poblado de una ó varias razas de hombres desemejantes de Adán y que no conocían ni el nombre de este primer padre de los otros hombres hasta entonces conocidos! En esto no hubiera consentido jamás la gran Católica; de esto no hubiera permitido jamás ni que le hablasen.

Pero la cosa se hizo, y hecha quedó. La ciencia de los libros santos perdió entonces su crédito y autoridad, antes indiscutibles; la fe católica se conmovió profundamente; la confianza en Roma, esto es, en el Papa quedó minada; y no tardó en salir tronando contra él y contra la Iglesia un notable individuo de ella, un fraile de gran entendimiento y muchas pulgas, Martín Lutero. Después ya en lo sucesivo, una vez dado el primer paso, vino lo que los españoles llaman el «acabose», aunque no se haya acabado todavía; vino Bruno, y vinieron Copérnico y Galileo, y Bacon, y más tarde Voltaire y otros, y por fin, no hace mucho, Darwin. ¡Y los que toda-

vía están por llegar, pero llegarán seguramente!

Y así tenía que suceder. Porque lo menos que descubriendo el nuevo mundo se había descubierto al par, era que había que descubrir también la verdadera iglesia de Cristo, porque con la que pasaba por tal no estaba de conformidad el hal'azgo hecho. ¿Cómo, en efecto, llevaba de existencia esa iglesia quince siglos, perfectamente ignorante de que había medio mundo esperando todo ese tiempo la llegada del apóstol que había de comunicarle la palabra de Cristo? ¿No había dicho este: «id y predcad por toda la tierra»? ¿Por qué no lo había hecho esa iglesia? ¿Será porque no sabía que ese medio mundo existiese? Pues ¿y para cuándo ó para qué mejor el Espíritu Santo? Si el Espíritu Santo había descendido en lenguas de fuego sobre los primeros apóstoles para inspirarles el conocimiento de los idiomas que desconocían, también habría descendido en igual forma sobre los segundos apóstoles para inspirarles el conocimiento de los países cuya existencia ignoraran. Y los impíos se pusieron á examinar, ya descaradamente, ya de reojo, la coronilla de los clérigos, y hallaron que la tenían afeitada (parece que se la dejan así para facilitar al Santo Espíritu el ingreso), pero ninguno, ni el mismo Padre Santo, quemada. De modo que era de creer, ó, cuando menos, de sospechar, que la iglesia en cuestión no merecía la confianza del Espíritu Santo, y por tanto no podía ser la misma que Cristo fundó ó quiso fundar. Así discurrieron y discurren los herejes y los incrédulos. Y como hemos apuntado, el origen y causa de que se piense así está en el descubrimiento de América; sin él habrían pasado muchos siglos más, y nadie se habría atrevido á alzarse seriamente, decidida y resueltamente contra la iglesia católica, hasta que al viejo mundo le llegase la hora de ser descubierto por el nuevo, esto es, hasta que los asiáticos, los africanos ó los europeos viesen con asombro un día á los americanos desembarcar en sus costas.

He ahí, pues, cómo por una de esas inmensas paradojas que á nuestra consideración suele ofrecer la historia del mundo, la nación más católica es cabalmente la que ha incurrido en la herejía más gorda; y he ahí también cómo la monarquía española, por fas ó por nefas, hizo una vez al mundo adelantar más que ninguna otra. Mejor dicho, lo que virtualmente hizo fué darle un gran puntapié y

“EL MOTÍN ECLESIAÍSTICO”

(RESERVADO AL CLERO)

CRISTO Y ESPAÑA

España es cristiana, ó mejor dicho, el español es profundamente cristiano, pero *á su modo*; porque es de saber que hay muchos *modos de cristianismos*, algunos sublimes y otros muy deestables.

Para que nos entendamos, convendrá decir que ya San Pablo dijo: «Hay muchos Cristos, y todos falsos menos uno».

Vosotros, amigos míos, sabéis que la palabra *Cristo* es un adjetivo que significa el *ungido*. La palabra Jesucristo significa, pues, *Jesús el ungido*, para distinguirlo de otros *Jesuses* que andaban por Judea.

Y aquí debéis advertir, amiguitos, que el *adverbio* se ha comido al *sustantivo*, y que Jesús apenas se llama Jesús; más generalmente se le llama con el apodo *Cristo*... el *ungido*, es decir, el *consagrado*, es decir, el *jerarca*.

Y ahora advertid cómo en España el *Cristo ungido* y el *Jesús sin ungir* han venido á formar dos personas distintas que inútilmente han querido unificar con la composición del nombre *Jesu-cristo*.

El adjetivo es accidental al sujeto; es algo externo á él y añadido, como la *unción* para el príncipe ó para el sacerdote. Y como quiera que es añadido, antes debió existir en sustancia.

Esta *unción*, ó *acristianamiento*, ó *crismación*, fué siempre cosa humana y operación de hombres. Por lo cual, la palabra *Jesu-Cristo* significa «Jesús el ungido por los cristianos», ó sea, por los partidarios de la consagración; y ya la palabra «cristiano» indica algo *sospechoso*, algo de mal indicio, ó sea *adorador de los ungidos*.

El *cristiano-romano* significa, pues, adorador de los ungidos por los romanos y á la *moda romana*, que unas veces *consagra* á Júpiter, otras á Baco y otras á Cristo, y siempre *consagra* sus *creación*; ella inventa á Baco, lo personaliza y luego lo *consagra*.

Esto hizo con Jesús: vió que le convenía *consagrarlo*, y lo *consagró* después de haberlo *romanizado*; y á los *Jesuses* que no quisieron romanizarse, les malajo y execó, y les ungió con el crisma de sus blasfemias. Así pasó con el Jesús de Oriente y con el disidente.

Fijaos ahora cómo Roma ha ido romanizando á Jesús hasta convertirlo en el *quín del Vaticano*. Vino del cielo á la tierra, ¿para qué? Para irse y para dejar un Vicario.

Si hacia falta, ¿por qué no se quedó

El en persona? Y si no hacía falta en persona, ¿por qué nombrar un Vicario que tan malos ratos ha hecho pasar al cielo, á la tierra y al infierno?

Si hubiese continuado el paganismo, Pío X sería hoy *Sumo Pontífice* de Júpiter; cayó el paganismo, subió Jesús en la *conciencia popular*; el *romano* hizo sacerdote á Jesús, lo ungió, le llamó *su Cristo*, es decir, el Júpiter de turno, pero a condición de tomar las de villadiego, volverse al cielo y no citar cuando el antiguo Vicario de Júpiter pasase á llamarse Vicario de Cristo. «Yo te declararé Dios, si Tú me declaras tu Vicario y te vas lejos de aquí... Con esto, Tú serás el responsable de mis fechorías, y yo utilizaré los gases de tu Pasión y Muerte.»

Y desde hace siglos parece que Dios no hace más que servir al Pontífice como el más humilde camarero. Habla cuando el Vicario le manda hablar; dice lo que le manda decir; calla cuando le manda callar. ¡Oh, el Dios del Vaticano es el gran servidor del Vaticano, el gran alcahuete, el recaudador de tributos, el *sacador de socaías*!...

¿Y quién es el «Cristo romano»? El hijo de Jehová y de Saturno: el juez, el irritable, el furioso, el forjador de rayos y truenos, el inquisidor, el afrailado, el *policia* del hombre, el esquilador del pueblo, el tirano del clero, el sin ley y sin moral. De este *Cristo ungido* con estos atributos, es Vicario el Papa, que condena al infierno, maldice, anatematiza, excomulga, *confisca*, cobra, procesa, sentencia y condena *en nombre de su Dios*, el implacable, el traficante, el desalmado, el sin en rañas, el autor del infierno en la otra vida y de la inquisición en ésta, el que envía á la tierra tormentas, pestes, enfermedades, pasiones, injusticias, miserias, bijos, diablos y frailes. El adjetivo *Cristo* comprende todos estos adjetivos.

Si por un lado los *apóstoles romanos* han predicado en España este Cristo-Dios, este Cristo-Júpiter, los otros apóstoles predicaron el Jesús Nazareno, el hijo de María, tan sin ungir, que nadie notó en él cosa desusada; tan limpio de todo crisma humano, que ningún sacerdote ni autoridad le hicieron caso; Jesús el manso, el humilde, el bueno; el Dios del perdón, de amor, del alivio, de la medicina, consolador de toda aflicción y maldicador de toda injusticia.

Y por más que se ha formado la palabra *Jesu Cristo*, amalgamando el Jesús Nazareno con el Cristo-romano, en el

fondo del alma española háse establecido y subsistido una separación perfecta. El español odia y teme á Cristo, y ama é invoca á Jesús.

Jamás en el momento del dolor y del peligro se invoca á Cristo, el sin entrañas, el hijo de Roma y del Papa; siempre y en todo trance, como explosión refleja del dolor, brota de los corazones el *¡ay, Jesús mío!*, alternando con el nombre de *¡madre!*, como símbolo supremo del amor y de la confianza. ¡Jamás se invoca el nombre de Cristo! En la conciencia aparecen confundidas en una estas dos personalidades; en la subconsciencia están perfectamente definidas: el uno como insensible á la compasión, el otro como el supremo compasivo.

Pero además de ésta hay la prueba por el lado contrario. Cuando el español se enfurece contra el Mal Supremo, contra el Mal invencible, contra la fatalidad aflictiva, contra la adversidad cruel, entonces cierra los puños y blasfema la gran blasfemia española, y esta blasfemia va siempre cort a *Cristo*, presunto autor del Mal en la subconsciencia española.

Jamás he oído una blasfemia contra Jesús.

Jamás he oído una invocación amorosa al Cristo.

He aquí definidos y separados en ese estrado latente de la conciencia, revelada por el lenguaje como revelador etnológico del alma popular, el Cristo Protector de Roma y el auténtico Jesús Nazareno; el Cristo formidable pagano y el humano Cristo arriano. España fué y ha sido y es subconscientemente arriana, sin creer serlo.

Ama á Jesús, lo idolatra y lo adora; odia á Cristo y lo blasfema con toda el alma, con todo el furor del alma española enfurecida.

En esta invocación inefable de Jesús, y en esta blasfemia horripilante del Cristo, está cifrada la verdadera religiosidad española.

El Cristo-Romano no ha sido admitido en España; no ha conquistado un sólo corazón. Siempre y en todas partes el español esperanzado invoca á Jesús; desesperado, blasfema á Cristo. El uno es término de la esperanza; el otro es término de la desesperación. El uno es el portador del bien; el otro es el causante del mal.

En este sentido es cristiana España por equívoco.

S. PEY ORDEIX

¡YA COMIENZAN!

Sr. D. S. Pey Ordeix.

Respetable señor mío:

En el último número del semanario

EL MOTIN, me encuentro de manos á boca, como suele decirse, con una sección que bajo el título «El Motin Eclesiástico», dedica usted al clero.

He leído detenidamente cuanto en ella dice, y no doliéndome prendas de ninguna clase y siendo mi único y exclusivo deseo la tranquilidad de mi conciencia, á usted acudo en demanda de luz, de esa luz que tanto he de menester, y sin la cual pareceme la vida una horrible y penosa carga.

Si por vocación religiosa se entiende lo que los teólogos moralistas dicen, yo juro á usted que vocación al estado religioso tenía cuando vestí el hábito en la Orden Reformada por la Santa Española, Teresa de Jesús.

Pero al convencerme de que sólo delirios de mi mente eran aquellos ideales tras los que corrí, al no hallar en el claustro aquella mutua caridad (esencia de la vida religiosa, según entendía), que yo iba buscando; al ver trocadas estas purísimas flores del cielo por la envidia, el orgullo y las demás pasiones que asolan el mundo, sentí el mayor de los desencantos; y al sentirlo, mi alma, sedienta de la verdad y de la luz, suspiró por ellas, ansió poseerlas, y desde ese día no tuvo descanso ni sosiego... Mi fin no estaba allí, y no estándolo, mi vida se hizo imposible; mi cuerpo, débil envoltura de esa alma que suspiraba por otros ideales, se sintió enfermo, y todo mi sér, hastiado y lleno de amarguras, buscó con vivas ansias en otra parte lo que en el convento no halló por parte alguna.

Cegado por esa luz por cuyo vislumbre me sentía atraído, sin vacilaciones dejé el claustro, me lancé al mundo y en él ¡qué de amarguras no tuve que apurar... solo, triste y abandonado! Pensé en mi madre, único amor de mi vida y señora de mi alma; acudí á ella en demanda de consuelo para el espíritu y de sostén para el cuerpo y ella... me arrojó de su lado. ¿Que hacer, á dónde ir, qué derroteros debo tomar? Siento en mis labios la dulzura de sus antiguos besos, oigo en mis oídos aquellas palabras de cariño que sólo una madre sabe decir; siento sobre mi corazón sus apretados brazos, y el recuerdo de aquellos bienes perdidos hacen más triste mi situación actual, con esa tristeza que envuelve lo irremediable, lo que no ha de volver...

Pero no debo molestar á usted con divagaciones que á nada conducen... mi carta se haría interminable...

Yo sé que mi madre me volverá su gracia si yo vuelvo al convento, que su cariño me será devuelto si yo me sacrifico y sepulto mis días en la soledad de un claustro, que su amistad me será concedida de nuevo si yo renuncio á mis ideales...

En este estado yo pregunto:

¿Estoy obligado en conciencia, y con obligación tan ineludible, que al no acceder á estos deseos de mi madre, he de despojar á mi alma de toda esperanza de tranquilidad y de sosiego? El cuarto precepto del Decálogo ¿me cierra toda idea de salvación fuera del convento?

Estas son las dudas, las angustias y vacilaciones que me rodean y las que me llevan á dirigirme á usted en demanda de su consejo.

Póngome á su disposición, le autorizo á hacer de esta carta el uso que estime

conveniente y me ofrezco de usted su más atto. y s. s. q. l. b. l. m.,

ANTONIO DEL RÍO

En religión, FR. ANTONIO MARÍA DE SANTA TERESA

Epitafio en venta

Anunció hace días el telégrafo que se había fugado un capuchino con una señorita, y que al entrar en Lorca y ser sorprendidos por un tío de ella, él se suicidó y ella fué devuelta al seno de su familia.

Hice un artículo juzgando el hecho, pero como se desmintió no lo publiqué.

Hoy, sin embargo, voy á reproducir algunos de sus párrafos, suprimiendo nombres, por ser muchos los casos de la misma índole que ocurren sin que nadie se entere, y presentando á la supuesta protagonista como símbolo de todas las que lloran su desgracia en el secreto de los conventos ó de sus casas:

«Hacemos ofrenda de la sangre de ese fraile, de las lágrimas de esa señorita y de los lloros del hijo (se dijo que ya habían tenido uno), al Consejo democrático y anticlerical, á fin de que con ellos mojen la pluma y firmen la orden de pago de haberes del Nuncio y la subvención á los frailes.

No deben asustarse de estas lágrimas y de esta sangre quienes saben hacer tiempo que es un artículo del Código civil quien las vierte y que son ellos los que lo sostienen, á pesar del mundo y de la lógica.

Hablaremos de esto más despacio. Hoy no podemos hacer más que hablar de esa señorita y de ese fraile.

El no se hizo fraile siendo hombre; al desarrollarse en él el hombre, estaba ya moldeado el fraile. Los que le moldearon son los culpables. Y son más culpables los que debieran romper el molde del convento y lo subvencionan con dinero sacado á bayoneta de los bolsillos de los mismos que han de ser víctimas del claustro.

Si los padres de él y de ella hubiesen previsto este fin de drama, en vez de llevar sus hijos á la Iglesia que á tal extremo les ha conducido, los habrían entregado á la selva ó á los gitanos.

No podía ocurrirle cosa peor á él que morir desesperado y ver expuestos su cadáver y su nombre á la infamia.

No podía ocurrirle á ella cosa peor, que quedar viuda de un fraile suicida y madre de un hijo maldonado antes de ser engendrado, y execrado al ser concebido, por esos monstruos cancerosos llamados Estado ó Iglesia.

A esta apoteosis les ha traído la moral de la España católica. La sangre del suicida cae sobre el rostro del Estado español y de la Iglesia romana. Es su obra. Su obra continua. Cada día hay reclutas de niños para el convento, cada día hay frailes desengañados, doncellas seducidas, hijos sacrilegamente engendrados, familias desoladas, lágrimas, desesperaciones, crímenes...

Ella, fué víctima del Estado español, que la llevó á una escuela católica, á un confesionario católico, á una maternidad maldita, á una vergüenza pública y á una desgracia insuperable.

¿Qué culpa tuvo? Haber nacido en España. Este es su crimen. Fué mujer, muy mujer, capaz de amar á un hombre á pesar de las maldiciones de doscientos millones de bárbaros católicos y á pesar de la infamia de los códigos.

Españoles inconscientes, españoles bárbaros, españoles irreflexivos: descubríos ante esos amantes. Sólo el amor heroico puede llevar á una mujer á huir de su casa, de su pueblo y de su patria con un amante, odiado como réprobo y llevando por todo patrimonio la maldición Vaticana y el insulto del Código. Sólo el amor heroico pudo arrastrar á un fraile de franco porvenir, á quien eran asequibles las mujeres todas de la ciudad y las monjas de sus conventos, á renunciar el placer del vicio, la crápula conventual, la holganza del claustro, la posición social, el favor del Estado y la idolatría del pueblo. Sólo el amor heroico pudo arrastrarle á sacrificarlo todo para salvar á una mujer y á un hijo, condenándose á la miseria, al repudio universal y á la execración de un pueblo imbecil é hipócrita. Y además obró con profundo sentimiento de honradez.

Viles canallas son á su lado los frailes que ahuyentan las doncellas seducidas, que mentigan abortivos al médico, que huyen la responsabilidad, que reniegan de sus hijos y de las madres de sus hijos, que continúan en el convento elevando la Hostia con sus manos sanguinarias, que rezan absoluciones con sus labios criminales y que se agraviarían de que alguien pusiera en sospecha su castidad. Canallas y adoradores de canallas: ¡descubríos ante el cadáver del honrado suicida!

Es de suponer que la Iglesia y la Orden rechazarán el cadáver.

Hacen bien: estaba con ellos, pero no era de ellos. Para poder ser llamado hijo de la Iglesia y de la Orden, podía haber seducido á esa señorita y seguir siendo fraile; pudo haberla hecho madre, y seguir absolviendo; pudo haber escandalizado, y seguir celebrando. Eso hacen muchos buenos frailes, y muchos sin dejar de ser reverendos, fieles hijos del Papa... Pero no era de los suyos; no tuvo vocación para seguir siendo canalla: su conciencia se rebeló, y cuando sintió en la Estación la zarpa del Estado para obligarle á continuar siendo canalla, prefirió matarse... Y murió por ser honrado: por no ser fraile ni católico; por no verse sumado en la cuadrilla de fariseos...

No era de ellos... Si hubiese sido uno de ellos, no se habría matado; habría continuado siendo fraile, seduciendo otras jóvenes, abandonándolas una vez deshonradas ó llevándolas al convento á ocultar la deshonra...

Y si así hubiese continuado, al morir le habrían enterrado en sagrado, y habrían seguido envileciendo las víctimas

No lo hizo así... no quiso ser tan canalla... Por esto es arrojado. Mientras fué hipócrita, fué suyo; al ser honrado dejó de serlo.

¿No habrá algún fraile que aspire á merecer este epitafio?

Imprenta de D. Blanco, Libertad, 51